CRITERIO

ESCANDALO
por GUSTAVO J. FRANCESCHI

EL PENSAMIENTO CATOLICO Y LA CIENCIA MODERNA

ROUAULT
por BASILIO URIBE

EL TESTAMENTO DE PETER WUST

REFLEXIONES DEL 1.º DE MAYO
por I. DE AZPIAZU

Director Mons.
Gustavo J. Franceschi

80
Centavos

Aparece los
2dos y 4tos jueves de mes



Número 1116 Año XXIII

Buenos Aires, 25 de Mayo, Año del Libertador General San Martín, 1950

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 313114



ALSINA 840 — T. E. 34 — 1309

Criterio

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXIII | Buenos Aires, 25 de mayo, Año del Libertador General San Martín, 1950 | Núm. 1116

ESCANDALO

CUANDO hace dos semanas publiqué en CRITERIO un artículo sobre "el rostro y la máscara", y hablé del escándalo cristiano, nunca imaginé que antes de quince días habían de tener mis palabras una aplicación concreta. Ninguno de mis lectores ignora los hechos, dolorosos sobre toda ponderación. El sacerdote no tiene derecho a derramar más sangre que la de Cristo en el sacrificio de la misa, y la propia en el supremo testimonio del martirio. El gesto que ha polarizado la atención de todos los argentinos, después de doce años de vida sacrílega, ha horripilado hasta a los más insensibles, y provocado la protesta de todos los hombres especialmente la de aquellos que, elevados a la dignidad del sacerdocio, estaban hermanados, por su cristianismo y por el sacramento del orden, al culpable. Voces de indignación y de ira en los que no participaban de su fe, voces de pesar en los que comulgaban con él en una misma creencia, han resonado en todo el país. No podía ser de otra manera. Por lo que a mí toca, ni pretendo atenuar el horror por el delito, ni excusar la enormidad de la falta, que ha caído sobre mi espíritu como una peña. Pero mi deber de escritor cristiano, la responsabilidad que incumbe a todo aquel que tiene entre las manos una pluma puesta al servicio de Dios y de la Iglesia, me constriñe a dirigirme a mi público habitual para someterle algunas consideraciones que brotan de la entraña misma de los acontecimientos. Perdóneseme si ellas adoptan en cierto modo una índole de meditación sincera: responde ello a lo que experimento en la hora aplastadora que todos estamos pasando. Y sin mayor preludio entro a decir a mis lectores los pensamientos que han venido a mi mente: creo que ellos tienen su lugar no tan sólo en todo clérigo sino también en todo cristiano.

•

No ha querido Dios que las funciones sacerdotales y jerárquicas dentro de la Iglesia fueran desempeñadas por espíritus desencarnados, por ángeles, sino por hombres, entre otras razones porque si el Verbo, Segunda Persona de la Trinidad, asumió la naturaleza humana para salvarnos, era bueno que los llamados a aplicar los frutos de la Redención pertenecieran, como El mismo, a la humanidad. La gracia santificante recibida en el bautismo, y la gracia propia de la ordenación sacerdotal, no llevan anexada la impecabilidad; nuestra acción propia, la ejercida por la voluntad, debe cooperar día a día, hora a hora, con la acción divina que respeta, en el alma del sacerdote como en cualquier otra, la *posibilidad* de pecar. Somos seres libres, y por el solo hecho de ser sacerdote no se está confirmado en gracia de manera que en forma alguna sea imposible tropezar y caer. Seguimos siendo pecadores en el doble sentido de haber sido arrancados al pecado por el bautismo y de poder regresar a él por la perversión del querer. La enorme responsabilidad que sobre los sacerdotes pesa, y la ofrenda que de Cristo hacen cotidianamente en el altar, ha de apartarlos más y más de lo pecaminoso. Pero todo ello no obsta a que cada día, —y muchas veces por día—, hayan de repetir la plegaria que Cristo enseñó a los hombres: "no nos dejes caer en la tentación", por que ésta los acecha tanto más cuanto más alta es la índole de las funciones a que los llamó su vocación.

Ningún hombre, sea o no sacerdote, y cualesquiera fueren sus condiciones naturales, debe imaginarse exento de la posibilidad de caer; y por esto el apóstol San Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Filipo, los incita a cuidar de su salvación "con temor y estremecimiento". En esta hora no puedo menos de reflexionar sobre Judas. Cuando abandonó sus redes y su casa para seguir a Jesús no le faltaba buena voluntad, y además gozaba de la gracia incomparable de oír las lecciones cotidianas del Maestro; vió sus milagros, fué objeto de su caridad, contempló su vida. ¿Quién mejor que él se hallaba en condición de salvar su alma? Esta misma seguridad llevólo quizá a excesiva confianza en sí mismo: no tuvo en cuenta la frase del *Eclesiástico*, que, sin embargo, más de una vez debió oír en las sinagogas: "quien menosprecia lo pequeño paulatinamente declinará". La avaricia, la soberbia mordieron su alma, primero muy poco, luego con mayor virulencia. Judas no cerró su espíritu obstinadamente a la tentación; comenzó a jugar con ella, suponiendo que en un momento dado podría desecharla. De la vacilación pasó a un consentimiento cada día más pleno, y así rodó por el derrumbadero, de la pendiente al escalón, y de éste a la peña, hasta el fondo del abismo: quien lo había renunciado *todo* por acompañar a Jesús no supo al fin resistir a la miserable atracción de treinta dineros. Este lamentable espectáculo innumerables veces lo hemos presenciado en la Iglesia.

Pero vosotros todos, lectores míos, los que no lleváis en vuestra alma el carácter sacerdotal, los que os habéis estremecido de horror ante el crimen, y que os expresasteis amargamente ante la gravedad del escándalo, permitidme que en esta hora exagere, si es posible, la franqueza con que habitualmente os hablo. Más que el hecho en sí os preocupa sin duda el *mecanismo*, si vale la palabra, de esa abominable caída. Permitidme entonces que salga de la clase sacerdotal y aborde el proceso general del cristiano pecador: quizá este examen de conciencia ilustre un poco el problema, y lleve a los jueces, —en que todos nos hemos convertido—, a sentencias no menos justas, pero menos altivas. Veamos las realidades espirituales como son.

He aquí un niñito que acaba de recibir el sacramento del bautismo. La gracia santificante que en él fué infundida rompió la cadena del pecado original, y en su alma han sido depositadas, como semillas en el surco mientras llegue la hora de la germinación, las tres virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad. Con toda exactitud puede afirmarse que es templo de la Trinidad Santísima, y que contiene espiritualmente en sí una potencia como jamás la soñó ningún filósofo pagano: allí hay capacidad sobrenatural para igualar a un Francisco de Asís o una Teresa de Avila. Pasan los años, la inteligencia despierta, al querer puramente instintivo va sustituyéndose una voluntad consciente, y un día llega en que conoce a Dios, formula su primer acto de amor al Infinito, y lo llama Padre. Trascurrió otro lapso de tiempo, y luego de una preparación suficiente dió en la vida de su alma un paso más, —trascendental—, recibió por vez primera la Comunión, se unió al que es la Vida verdadera. En aquella hora la gracia lo envolvía y lo penetraba, y era una cosa con ella. Esta es, —¿verdad?— la historia de cada uno de nosotros; todos podemos remontar hasta esa fecha en cierto modo suprema, en que no ya una limpieza por decirlo negativa, sino una fuerza positiva, que era Cristo mismo, no sólo nos mostraba el recto camino que recorrer, sino que nos daba pujanza sobrada para andarlo todo entero.

Desde aquella fecha han pasado veinte o más años. Hemos recibido a lo largo de la ruta otros innumerables auxilios; en ciertas horas nos sacudió un estremecimiento que no podíamos atribuir a nosotros mismos y que comprendimos ser lo que era en realidad: una amorosa advertencia de Dios. Y hay almas, sin duda, —muchas más de las que cree el mundo—, que no sólo conservaron el tesoro, sino que le hicieron producir nuevas y prodigiosas riquezas. Algunas han sido colocadas en los altares —para intercesión y edificación de los hombres—. Pero las demás ¿no han adquirido amargamente la experiencia de su fragilidad, no se sintieron atrapadas por manos oscuras y vigorosas que intentaban arrastrarlas al mal? ¿Nunca hubieron de golpearse el pecho repitiendo "yo pecador me confieso"? ¿Hasta dónde se derrumbaron no pocas?: hasta el abandono de los deberes elementales para con Dios, los allegados, los amigos, los hombres en general, y para consigo mismos. Si no asesinaron en el orden temporal, en cierto modo se suicidaron en el sobrenatural, puesto que destruyeron en sí mismos y por propia voluntad la gracia divina, que es la vida del alma. Cuando con verdadera humildad y clarividencia nos examinamos, y vemos no sólo lo que efectivamente hicimos sino también lo que en ciertas horas *estuvimos tentados de hacer*, podemos reconocer en nosotros mismos algunas perspectivas del camino recorrido por Judas, porque alguna o muchas veces se nos pre-

sentó, a nosotros que hicimos nuestra Primera Comunión y poseímos la vida de la Gracia, una tendencia e impulso a trocar la amistad de Cristo por los treinta miserables dineros de las satisfacciones pecaminosas. En cada uno se verifica la exactitud de la frase pascaliana: nos habita un ángel que canta, pero también una bestia que ruge... Razón tenía el Salmista al exclamar: "¡Líbrame, Señor, de lo que en mí hay de oculto!".

Se lee en el Evangelio una frase sorprendente: "es imposible que los escándalos no vengan" (Lucas, XVII, 1). Cuando Jesús la pronunciaba, no quería decir que tal fuera la voluntad *positiva* de Dios, sino que, dada la miseria de la naturaleza humana caída, aquellos habrían inevitablemente de producirse, y el Señor los permitiría. Diversas razones pueden adivinarse para ello, pero entre todas se impone una: el escándalo es, para la generalidad de los cristianos, una prueba puesta a su fidelidad, y exige un esfuerzo. La profesión de cristianismo integral ofrece siempre dificultades porque requiere un ejercicio constante de la voluntad, pero en días de triunfo, cuando la gloria del Señor se muestra en toda su grandeza, hay una especie de halago en practicarla ante los hombres. Cosa muy distinta ocurre cuando los tropiezos para aquélla no nacen del ataque lanzado por los de fuera sino de los pecados cometidos por los de dentro. ¿Qué no ocurrirá entonces cuando es un sacerdote, es decir un representante de Cristo, el que escandaliza? En el Evangelio según S. Marcos (XIV, 27), leemos que Jesús, mientras celebra la Pascua con sus discípulos durante la noche en que instituyó la Eucaristía, dice a éstos: "todos os escandalizaréis, porque escrito está: heriré al Pastor, y las ovejas se dispersarán". En efecto, cuando cae moralmente un pastor, un sacerdote; cuando el que debiera dar ejemplo de piedad lo ofrece de pública falta, los pusilánimes en la fe se amilanan, y los de alma consentidamente débiles no saben ya hacia dónde volverse: ninguno de los discípulos invitados por Cristo al Tabor se alejó, pero todos ellos, menos uno, huyeron en la noche de Getsemaní. Sin embargo, ya que Juan y las piadosas mujeres subieron hasta el Calvario, habría sido factible para los demás llevar a cabo el mismo gesto: "a quien hace de su parte lo que puede, Dios no niega la gracia". El acontecimiento se repite en los días que vivimos: para nosotros es la hora de Getsemaní..., es la hora de estar al lado de Cristo que sufre en su Iglesia.

•

En la segunda epístola de San Pablo a los cristianos de Corinto leemos "¿quién desfallece entre vosotros, que yo no desfallezca, quién padece escándalo que yo no me abrase?", palabras mediante las cuales expresa el apóstol su solidaridad con todos los que participan de la fe en Jesús. No hablaba solamente de los que se mantienen de pie, sino también de los desfallecidos, de los escandalizados, es decir de cuantos han tropezado y caído; su amor de caridad, —y también consecuentemente su plegaria—, es universal, y a nadie excluye.

Aquí se distingue bien la divergencia fundamental entre los conceptos cristianos y los mundanos, entre los cuales, según la afirmación de Cristo, no puede haber identificación alguna. El mundano, cuando encuentra al moralmente caído, y sobre todo al criminal, comienza por exclamar: "nada hay de común entre él y yo, allá él con su culpa y su responsabilidad, yo me mantengo en mi limpieza". A veces agrega algunas palabras de conmiseración, en las que subsiste siempre un dejo de altivez, y que constituyen la negación misma de la caridad cristiana. El que sigue fielmente las huellas de Nuestro Señor Jesucristo procede de modo radicalmente inverso, su caridad "supera la multitud de los pecados" (primer. epist. de San Pedro, IV, 8), ignora el orgullo ya paladino ya farisaico, y si no puede hacer otra cosa por el pecador y el criminal, ora por ellos y, sintiendo a lo hondo su solidaridad espiritual con los caídos, hace penitencia por sus faltas como si él mismo las hubiera cometido. Todo lo cual es incomprensible y hasta absurdo para los mundanos, pero perfectamente claro y lógico para los que viven la vida misma de Cristo.

Volvamos la mirada hacia El, "que cargó con nuestras miserias" (Is. LII, 4). Allá va camino del Calvario, abrumado no por pecados suyos, ya que es infinitamente puro, sino por los de todos los hombres sin exclusión. Sobre sus espaldas pesan desde el de Adán hasta los de quien vivió doce años en el sacrilegio y cometió el asesinato..., y también hasta los personales de cada uno de nosotros. Por todos ellos padeció y murió, y gracias a esta Pasión nosotros vivimos espiritualmente. No sólo vivimos, sino que podemos resucitar ¿no ocurrió acaso así con Magdalena, el Buen Ladrón, Pedro el apóstata, y los innumerables pecadores que recuperaron la gracia perdida; no acontece así con nosotros mismos cuando hemos de acudir al sacramento de la Penitencia? ¿Por qué, uniéndonos a la Redención de Jesús como cristianos que somos, no habríamos de ofrendar nuestra plegaria y nuestros pobres méritos por el que tan hondamen-

te ha caído, por el que en esta hora ha escandalizado al mundo? ¿Por qué no hacerlo en beneficio de quienes se hallan en mayor peligro, como cuando, en los momentos de angustia la tentación más nos asedia, deseamos que lo hagan los demás por nosotros mismos?

"Es que hay crímenes, me dirá quizá alguno, que no merecen perdón". No se me suponga una posición tolstoiana; corresponde a la justicia humana social castigar los delitos y aplicar las sanciones de los códigos, reivindicando así la defensa de la colectividad y el restablecimiento del orden lesionado. Cumplan los jueces con su misión trascendental. Pero nosotros, en cuanto miembros del Cuerpo Místico de Cristo, adoptemos *en el orden sobrenatural* la posición que nos corresponde; y si estamos tentados de negar nuestro auxilio espiritual a todos los pecadores, y especialmente a éste, recordemos la conducta de Nuestro Señor Jesucristo para con la mujer adúltera. La falta de ésta era gravísima y completamente inhabitual, dentro del ambiente hebreo. De seguro que ninguno entre los fariseos que la acusaban había incurrido en adulterio: sin embargo Jesús les dice: "el que esté exento de pecado entre vosotros arroje la primera piedra". Es que a veces nuestras ideas se perturban a un punto tal que consideramos más grave la infidelidad a los hombres que la hecha a Dios. Ninguno de los fariseos había cometido adulterio, pero todos ellos habían cometido pecado, y la soberana autoridad divina los juzgaba en aquel momento, —como nos juzgará a nosotros también cuando llegue la hora—, no desde el punto de vista de los criterios humanos sino desde el de Dios Omnipotente. Dejemos, —repito—, que los encargados de mantener el orden en la colectividad cumplan con su deber; pero ante el altar, como cristianos que oran, no sólo no excluyamos de nuestra plegaria al que puede considerarse hoy como uno de los más miserables entre nuestros conciudadanos, sino volvamos hacia él de especialísima manera nuestra caridad intercesora porque, a pesar de sus faltas, es capaz de arrepentimiento sobrenatural (hay indicios de que ha entrado ya por este camino) y creado como cada uno de nosotros, hasta el más pequeño, para la bienaventuranza eterna.

Y mientras tanto, en la dura prueba que estamos pasando, mantengamos íntegra nuestra fidelidad. Aquélla no es en realidad tan grande como las que sobrevinieron en otras épocas. ¿Podemos compararla con la de esos días en que centenares de jerarcas, por complacer al soberano de Constantinopla, consentían en abrasar la herejía arriana? ¿Nos es lícito igualar la nuestra a la de los cristianos que, en el siglo XIII, veían durante el Gran Cisma de Occidente a la Iglesia desgarrada en dos partes, cada una de las cuales negaba que en la opuesta se hallara la sucesión apostólica? ¿Es nuestra condición parecida a la de esotros días en que el vicio nicolaíta corrompía a multitud de jefes? ¿Puede cotejársela a aquella hora del siglo XV en que la mundanidad y el desprecio por la exactitud doctrinaria preparaban inexorablemente el camino a la falsa Reforma? El fenómeno engendrador del escándalo revestía entonces un carácter *colectivo*, o estaba en los grados superiores del escalafón jerárquico; hoy en cambio, en el caso a que vengo refiriéndome, es meramente *individual*, y nace por decirlo así en las capas inferiores de la comunidad eclesiástica: no es nuestra tentación tan fuerte, ni el tropiezo que ante nosotros se levanta tan enorme como el que victoriosamente superaron nuestros predecesores en la fe. En realidad, para quien posea una fe medianamente robusta, tenga un concepto exacto del valor de los hechos, y una dosis siquiera mínima de buen sentido, si bien es muy justo el dolor por lo acontecido, no hay por qué experimentar abatimiento. Otras tempestades infinitamente más largas y tenebrosas han pasado la Iglesia y los cristianos que participan de su vida.

La lucha nuestra es contra el pecado, con la gracia lo vencemos en nosotros mismos, con la caridad triunfamos de él en nuestros hermanos. Comprendámoslo así: "el que está de pie cuide de no caer", el que ve tropezar a otro tiéndale una mano bondadosa para mantenerlo erecto. Y en nuestras tribulaciones más hondas recordemos la promesa de Jesús: "no temáis, grey pequeña, porque quiere el Padre otorgaros el triunfo" (Lucas, XII, 32).

Gustavo J. FRANCESCHI

El pensamiento católico y la ciencia moderna

(Sugestiones para un próximo congreso)[1]

Bajo el título de "Colaboradores en la Redención" habíamos delineado rápidamente en el número de octubre último el tema general de nuestro congreso del Año Santo, indicando los capítulos más importantes a considerar dentro del principal propósito del intelectual católico en el mundo actual: su responsabilidad en ser testimonio de Cristo, y ser "otro Cristo", que colabora en el trabajo de la redención en cualquier esfera, ya sea intelectual, profesional, social, política o cultural que le toque actuar. Ahora presentamos con mayor detalle la primera de las principales divisiones del tema de nuestro congreso: **El intelectual católico frente a la cultura científica moderna.** Necesariamente nuestra presentación se limitará a consideraciones generales y a una breve definición de los diversos problemas que derivan de este tópico y que serán el objeto de nuestras discusiones después de la conferencia principal. Nuestro objetivo consistirá sobre todo en indicar las líneas generales a seguir por nuestros lectores, muchos de los cuales esperamos encontrar en Amsterdam, para prepararse a intervenir en uno u otro de los grupos de discusión. Se recordará que la reunión de los diversos grupos será simultánea, de manera que todo el tiempo destinado a la discusión se empleará en un solo tema. También es claro que con el estudio de estos temas no se intenta agotar el campo de la "cultura científica moderna" tal como se presenta al intelectual católico moderno. Solamente son simples ejemplos entre muchos otros, elegidos para ilustrar nuestro tema central.

QUIZAS la primera reflexión que deba hacerse al confrontar los términos el "intelectual católico" y la "cultura científica moderna" es que no han de mirarse como enemigos separados por un abismo infranqueable. Para refutar semejante malentendido creemos que no resulta necesario evocar el imponente número de pensadores católicos que han contribuido en los tiempos modernos al progreso del pensamiento científico. Basta considerar la naturaleza de los términos en vista. ¿Quién puede ser más consciente del valor de los descubrimientos científicos modernos que el intelectual católico? ¿No es para él cada conquista genuina de la ciencia una penetración en los secretos de la infinita sabiduría de Dios, y también una repuesta a la invitación divina de dominar sobre toda la tierra? Así, ante el abismo de destrucción que la energía atómica abre ante sus pies, el cristiano que cree que él y sus hermanos están en todo momento en las manos de un Dios todopoderoso, se hallará probablemente más lejos de perder la cabeza que sus colegas incrédulos, para quienes las posibilidades de dominación cósmica no corresponden a un designio providencial y no obedecen a otra ley que el capricho humano.

El progreso científico llega a ser un enemigo del hombre sólo cuando la ciencia, como un amo y no como servidora del destino humano, se sitúa en el lugar de Dios. Aquí está la paradoja: el actual mundo antropocéntrico, que subordina todas las cosas al deseo humano, produce inevitablemente una servidumbre, —llamémosla totalitarismo, comunismo o cualquier otra cosa—, de la cual la "teocéntrica" Edad Media, cualesquiera fueran sus limitaciones en cultura técnica, no tenía la menor idea. Citaremos un autor francés: "La materia es inerte, lo que la hace dócil a la acción humana. Pero esta inercia, útil al hombre justo que le de un destino correcto, se convierte en un terrible peligro en manos del pecador que busca liberarse de las leyes establecidas por Dios. Elevada por orgullo del hombre a la cima de una pendiente fatal, la enorme masa de materia corre el peligro de caer y aplastarlo bajo su peso."

Si en el campo práctico el pensador católico tiene toda la razón para celebrar el progreso científico, como ser en la lucha contra el hambre y la enfermedad, tampoco tendrá motivos para albergar secretos temores en la esfera puramente intelectual. Las verdades de la fe que dan significado a su vida de cristiano, no pueden ser puestas en peligro por el progreso de la ciencia, ya que aquéllas pertenecen a un orden superior del conocimiento. El intelectual católico debe tener una sola preocupación esencial dentro de su campo de acción: ocupar el lugar más avanzado en el frente del esfuerzo moderno, ser testigo in-

(1) **Nota de la Redacción:** Desde el 10 al 20 de agosto de 1950 tendrá lugar el 21er. Congreso de PAX ROMANA, que versará sobre **"La cooperación del intelectual católico en el trabajo de la redención".** Por considerarlo de fundamental interés para nuestros lectores transcribimos del número de febrero de 1950 de la publicación oficial de la institución que reúne a los estudiantes e intelectuales católicos del mundo entero, las sugestiones que la misma hace respecto a uno de los temas a considerar.

mediato de la intrínseca nobleza de los adelantos científicos y de la fidelidad que debe al Autor de todo ser.

El positivismo en el pensamiento moderno

Quizás en ningún otro campo resulta más clara la actitud del pensador católico frente a la ciencia moderna, que en su diálogo con el "positivista", en su reacción contra la mentalidad —tan común en los círculos intelectuales "occidentales"— que considera al método experimental de la investigación científica como el único válido para alcanzar la certeza en cualquier rama del conocimiento. Si el positivismo ha tomado tal desarrollo, hasta entre los creyentes, si a menudo amenaza atrofiar el sentido de lo sobrenatural y aún de la verdad filosófica, tal virulencia se debe en gran medida a una incomprensión por parte de los católicos: el pensador católico admite libremente que el único método científico para examinar los secretos de la realidad física es el experimental; sabe también que la investigación científica aumenta siempre su campo de actividad, —por ejemplo, la psicología experimental ha ido mucho más allá del estado primario de observar y clasificar reacciones mensurables—, pero, frente a este progreso, y aun cuando sean puestos en duda conceptos ya aceptados, no debe o no tiene que recurrir instintivamente al Index y a la Inquisición. La actitud del católico moderno no debe juzgarse por la condenación de Galileo, sino más bien por el trabajo que los científicos católicos llevan a cabo en nuevos campos experimentales, como ocurre en las Universidades Católicas de París, Lovaina y St. Louis.

A pesar de ello lo que el pensador católico hace y demanda en su diálogo con el positivista, es que el hombre de ciencia debe ser leal a su propio método científico, y no aventurarse en interpretaciones pseudofilosóficas de los hechos observados. Así, no es el *estudio del comportamiento* quien presenta problemas al católico, sino el sistema "behaviourista"; lo mismo ocurre con el estudio *positivo* y el "positivismo", en todos los campos de la experiencia humana; el positivismo es la negación de la filosofía y la metafísica, quita toda base a la ley moral, y en síntesis, instala el agnosticismo como único absoluto de un mundo relativo.

Para hacer más claro el verdadero problema que enfrenta al intelectual católico, hemos cambiado el título del primer grupo de discusión que era "Influencia del pensamiento positivista en las ciencias naturales", por "Influencia del positivismo en el pensamiento contemporáneo". Bajo este título veremos en qué campos, con qué amplitud y resultados aplican los pensadores modernos, bajo la influencia del positivismo y del neopositivismo, el método experimental científico como criterio universal de conocimiento; es decir, qué hipótesis de trabajo de los modernos especialistas han de referirse a la influencia de estos sistemas. Además, qué reacciones ha provocado fuera de la cristiandad la reciente popularidad de las filosofías budistas e hindúes entre los pensadores occidentales. Esperamos que nuestros debates llevarán a estos problemas la luz de la ciencia, pero también la luz de la filosofía cristiana y de la fe católica.

El origen del hombre

La investigación moderna sobre el problema de nuestros orígenes humanos propone una serie de problemas científicos de gran interés para el pensador católico, particularmente en relación con la verdad revelada. En este campo, los católicos, a menudo solamente con una vaga idea tanto de la histo-

ria bíblica como de las enseñanzas católicas, han falsificado muchas veces la discusión por adoptar precisamente la posición que hemos rechazado al tratar el positivismo. En el temor de que el fantasma "evolución" pudiera "impugnar" la doctrina de su fe, que proclama a Dios su Creador, han rechazado *a priori* toda prueba científica en favor de esta hipótesis. Es bueno recordar que a pesar de las evidencias paleontológicas de los últimos años y los volúmenes escritos sobre el tema por eminentes antropólogos, el evolucionismo, en sus diversas formas, seguirá siendo posiblemente durante siglos, un sistema puramente hipotético.

Tal actitud es claramente anticientífica y también antifilosófica: que Dios haya creado el cuerpo humano directamente, en un solo acto, o que haya permitido su desarrollo a partir de una serie de tipos prehumanos, no altera la naturaleza esencial del acto de creación. Pero la creación de un alma inmortal y su infusión en el cuerpo humano cae en cualquier caso fuera de la esfera del hombre de ciencia.

El interés de este tema, aun para el no especialista no ha de terminar cuando se haya establecido que no existe ninguna incompatibilidad necesaria entre el dogma católico y la hipótesis evolucionista. No puede resultar indiferente al pensador católico el saber qué luz arroja la ciencia moderna sobre el estado del hombre primitivo, sus condiciones físicas, su capacidad mental y su modo de vida, o también sobre la caída del hombre o los efectos inmediatos del pecado original sobre la raza humana. ¿A qué conclusiones podría llegarse si por ejemplo la investigación científica revelara un día con razonable certeza que la raza humana procede realmente de varias líneas distintas de "antecesores" animales que existían simultáneamente en diferentes partes del globo? No hace casi falta decir que el "poligenismo", nombre de esta teoría, está bien alejado de tal prueba, pero, habiéndose descubierto diferentes tipos prehumanos separados por grandes distancias, la hipótesis existe y abre interesantes rutas para el pensamiento católico, del tipo que confiamos explorar en Amsterdam.

El significado de la historia

No sólo el origen del hombre, sino todo el destino humano, constituyen un inagotable campo para el estudio y la investigación y en el cual el pensador católico tiene una importante contribución que hacer. Además, hoy día existe un amplio y legítimo deseo de examinar de un modo más significativo la historia humana. Tal como se la enseña ésta es muchas veces un conjunto incoherente de hechos ordenados cronológicamente, dentro de una neutralidad gris mitigada solamente por el alarde hacia algunos episodios que adulan el orgullo nacional, especialmente los de repercusión militarística —la historia del "1066 y todo aquello". Es cierto que el extremo opuesto, aunque menos opaco, puede ser más peligroso: el uso del "hecho" histórico para propagar el nacionalismo en su forma más virulenta o para ilustrar el materialismo dialéctico son buenos ejemplos de ello. Cuando la UNESCO sostiene la revisión de los textos de historia en el interés de la comprensión internacional, no podemos menos que estar de acuerdo con el principio de tal iniciativa. La verdadera necesidad es sin embargo más profunda. Ya Kierkegaard había escrito: "Todos corren hacia cualquier parte o hacia el futuro porque nadie se ha alcanzado a sí mismo." El hombre moderno siente la necesidad de una tradición, de un sentido de solidaridad con el pasado; al perder contacto con Dios, ha perdido de vista el sentido de su existencia: el tiempo sin la eternidad no puede tener ningún significado.

El pensador católico sólo puede recibir con agrado los esfuerzos de la ciencia moderna para dar un contenido más profundo a la historia, más allá del mero establecimiento de hechos históricos, al intentar relacionarlos con relevantes ramas de la investigación científica, como ser los recientes descubrimientos de la biología, sociología o psicología. Sin embargo, además de insistir de que solamente los hechos y no la teoría se han de usar para elucidar hechos, el pensador católico debe volver a señalar en este punto la insuficiencia del "método científico" para interpretar sus descubrimientos. Es el filósofo quien debe iluminar el sentido de la historia, y el filósofo cristiano tiene un objetivo único, pues sólo él tiene la llave del destino humano, la llave para un universo pleno de significado pero misterioso, en cuyo centro está Cristo, "sin Quien nada fué hecho de lo que ha sido hecho" y en Quien la humanidad redimida hallará un día su perfecto cumplimiento.

Los elementos de esta filosofía cristiana de la historia pueden encontrarse en el monumental trabajo de Jacques Maritain. Es una filosofía que conoce al hombre tal como es, en su naturaleza humana herida, y que toma en cuenta las fuerzas naturales y sobrenatu-

rales que intervienen, que ve el esquema de la historia como la interacción entre libertad creada y la Increada, aunque "nosotros que estamos atrapados en la trama, percibimos sólo la obscura maraña de hilos anudados sobre nuestro corazón." Según esta perspectiva la historia puede satisfacer los anhelos más profundos de nuestros días y aportar infinitos objetivos para la libre investigación de la ciencia moderna.

Los alimentos y la población

Bajo este título la UNESCO ha popularizado otro problema, el de los Recursos Naturales y el Exceso de Población, que también será tratado en el congreso. Es un problema de vital importancia práctica y en el cual están profundamente implicados los principios cristianos de moralidad y justicia. No podemos entrar aquí en los detalles de un problema que en agosto último aportó material de estudio a 549 científicos de todas partes del mundo durante la conferencia de tres semanas en Lake Success. Basta decir que estas y otras investigaciones han demostrado que cualesquiera sean las penurias de ciertas regiones del globo, no solamente no existen razones para temer que los recursos naturales sean inferiores a las necesidades del hombre, sino que el prudente empleo de los descubrimientos de la ciencia moderna, en especial una "planificación general" de la producción basada en la interdependencia de factores geográficos y físicos, podría hacer que el hambre fuera virtualmente imposible, salvo en caso de guerra. El problema real no consiste en producir sino en distribuir. Sin embargo, tanto los gobiernos como el público en general han tomado conciencia de que *existe* un problema. Desde el punto de vista católico su consideración se ha hecho más urgente, ya que la primera "solución" ofrecida (Japón) ha sido el control sistematizado de los nacimientos. El objetivo del intelectual católico es bien claro: refutar por medio de firmes argumentos científicos el erróneo concepto de la insuficienica de los recursos mundiales; colaborar, con relevantes especializaciones, en la planificación de la producción en una escala mundial; hacer gravitar un experto conocimiento en las ciencias económicas para solucionar la distribución de los excesos de producción pero a la luz de los principios cristianos, llamando por sus verdaderos nombres a la injusticia social, los prejuicios raciales, el control de los nacimientos, etc.

La UNESCO declaró: "La clave del problema de la población y los alimentos está en la colaboración internacional." Nosotros podemos añadir que la clave para una efectiva colaboración internacional está en el reconocimiento de los derechos de Dios, único fundamento sólido para los derechos de nuestro prójimo.

La noción de responsabilidad

Quienes presenciaron los juicios de Nüremberg fueron testigos del desastre a que da origen, aún en los destinos temporales, cuando el hombre se hace centro de todo. Los "criminales de guerra" que clamaron ser inocentes alegando únicamente que su único fin era la ciega ejecución de órdenes superiores, no solamente negaron su responsabilidad personal por crímenes que fueron dejados a su cargo, sino la misma existencia de una ley moral dictada por Dios y de cualquier otra ley que no fuera la que el hombre pueda inventar para satisfacer las exigencias "positivas" de una situación particular o aún los dictados de la ambición personal. Al aceptar no ser más que instrumentos no-pensantes plantearon además la cuestión de la libertad

humana y señalaron una de las más graves crisis morales de nuestro tiempo, una crisis cuyo punto de partida es la misma deificación de la ciencia experimental que, como hemos visto, es la característica de nuestra civilización "antropocéntrica". ¡Cuán a menudo se imponen hoy día ligeras penas a crímenes graves sobre la evidencia de un certificado médico de neurosis o defecto mental! ¡Cómo se excusa ligeramente graves faltas apoyándose en la herencia o en un acondicionamiento fisiológico o psicológico de cualquier clase! Poner en duda estos juicios no significa negar el valor de la ciencia sobre la que se basan, por ejemplo, los trabajos del médico italiano Lombroso o del psiquiatra vienés Freud. Pero el filósofo que comienza a dudar del libre albedrío en razón de determinismos biológicos o psicológicos abdica de su legítimo sitio como guía en aquella esfera moral donde la ciencia resulta impotente para acudir en ayuda del hombre. Es él quien debe demostrar que aún cuando estos determinismos limiten la libertad humana nunca podrán destruirla; y sobre todo que al permitir el hombre moderno la atrofia de su sentido de lo malo y lo bueno está bien lejos de seguir la ruta del verdadero progreso.

En este punto el pensador católico tiene que desempeñar un papel particularmente delicado. Como siempre, debe conservar el equilibrio entre los dos extremos, pues en tanto que la responsabilidad ha sido y es negada por toda clase de determinismos, otra filosofía humana proclama la libertad como el único absoluto, pero una libertad tan vacía de sentido como inútil: el hombre es completamente responsable, pero ante nadie. En la esfera moral la conclusión lógica tanto del determinismo como del existencialismo es el caos y una confusa degradación. El mundo sufre porque ha perdido el sentido del pecado y con él el sentido de la Redención.

•

Es evidente que sólo podremos esperar una solución de éstos y otros problemas similares al fin de un largo y paciente esfuerzo. Parecería también que en el futuro la elucidación de tales problemas dependerá cada vez más del esfuerzo colectivo de muchos pensadores, quienes aportarían los resultados de su propia esfera de estudios. Quizás ni el poderoso genio de Santo Tomás de Aquino podría abarcar, sólo, los problemas provocados por la ciencia moderna y por las condiciones de la vida moderna. Es decir, que esta labor colectiva presupone el esfuerzo individual. Por lo tanto no podemos hacer nada mejor que citar el digno mensaje en el cual el Cardenal Suhard, hablando a los intelectuales católicos franceses, invitó a la colaboración personal en este esfuerzo titánico: "Existen factores humanos, económicos y sociales que son descubrimientos del intelecto y que no tenemos el derecho de ignorar o desestimar. Todos estos problemas deben ser encarados en su propio orden con toda la luz de que nuestro intelecto es capaz. La cristiandad no elimina las dificultades, sino que nos ayuda a ir a su encuentro, y a menudo a triunfar sobre ellas. Os invito por lo tanto a un largo y paciente esfuerzo. El factor tiempo es indispensable, no debiendo anticiparnos a la Divina Providencia ni en la vida moral ni en la intelectual. La paciente humildad que aprendéis en vuestras diversas ciencias es la regla de oro a observar cuando confrontemos las estructuras mentales, sociales, económicas y artísticas de nuestro mundo moderno con nuestra fe en Jesucristo. Asimismo esta humildad y esta paciencia están ligadas a una segura confianza. Poco a poco Cristo lleva a los Suyos a la plenitud de su verdad."



Grabados de Rouault

DEL 2 al 20 de este mes se expusieron en las Galerías Witcomb los grabados de la serie que Rouault ha llamado "Miserere".

Evidentemente, Rouault no es un pintor agradable; es molesto, casi inaguantablemente molesto; y su arte no crea lo que habitualmente se llamaría belleza, casi se diría que crea fealdad. Se reconoce su arte cuando se advierte que esa fealdad no es casual, ni casualmente mezclada con belleza, sino reiterada, segura; una fealdad que podría ser llamada exacta. Y es la observación atenta de esa fealdad requerida intensamente lo que revela la grandeza de Rouault; su fealdad cumple el misterio último de la fealdad: subyuga. Un grabado de Rouault atrae como un abismo: nos horroriza y nos bebe.

Rouault no es agradable, o mejor dicho, incomoda, desasosiega: no deja al espectador en su lugar, ajeno al cuadro, contemplándolo; lo atrae, obligándolo a resistirse; lo coloca continuamente ante lo que le hace desear no ver: el arte de Rouault es ejemplarizador, no satírico. Su diferencia estriba en que no coloca a los demás delante de sí mismos, sino que lo coloca a él delante de los demás. De ahí surge la situación incómoda: no es posible rechazarlo o ignorarlo; no es posible dejar de verlo, porque él toma el papel de actor ante nosotros y nos habla de él como de uno de nosotros. El desasosiego que provoca Rouault no parece distinto del que ha de haber provocado Jacopone, entrando a cuatro patas en una fiesta de bodas, el cuerpo emplumado, colgándole algo de la boca. El desasosiego que nos provoca surge de su propósito: se puede desdeñar la sátira, o ridiculizar al satírico, pero no se puede rechazar o ignorar el ejemplo

del hombre que sale a mostrarse denigrado. Cuando uno piensa en Daumier —con quien podría tener alguna apariencia en común a poco que se observe, se repara en que Daumier tuvo siempre un punto de vista fundamentalmente distinto, una posición en la que él retrataba a los demás sin que pudiera saberse cómo era él, por lo menos no de un modo directo. En el caso de Rouault comenzamos por saber como es Rouault, y sabemos que Rouault no predica como podría hacerlo un enorme político en la oposición; no es un caricaturista genial, no fustiga a los demás ni aun en sus prostitutas; se fustiga él, perteneciente a un mundo que usa y escarnece la prostitución, y, fustigado, nos obliga a ver que está en medio de nosotros como uno de nosotros, que es uno de nosotros.

Es un poco difícil ver sus grabados sin sobrecogerse: aquí ni siquiera hay color, esa causa del placer más casto; no hay sino todo lo que va del blanco al negro sin entrar en el color; lo que pasa de la luz total a la total negación de la luz sin pasar por ningún reflejo. Están todos los negros de una serie de técnicas superpuestas, ninguna pura; una asombrosa maduración de grises y la maestría increíble de los blancos. No recuerdo haber visto tantos valores con tal decisión y tanta justeza, tantos grises distintos en ninguna plancha de ningún tiempo. No recuerdo nunca haber visto blancos tan tranquilos en medio de los grises. Alguien podrá aducir que Rouault, con su uso de pinceles, sus trapos; con esos barrotes anchos como un plomo de vitral, con sus rayados superpuestos, apenas si tiene derecho a llamarlos grabados. Y esta afirmación, que tendría el único sentido de referirse a un canon, tomaría en cambio una valencia involuntaria: y es la de que si el grabador ha mezclado todos los procedimientos ha sido porque le interesaba algo mucho más que la pureza de cualquiera de los procedimientos; sin duda volviendo frenética su técnica —como lo quería Lhote— ha tendido a librarse de su propio frenesí; le interesó más que el grabado y lo grabado, algo que circulando por todos los motivos elegidos lo confesaba ante los demás, pero los demás comenzaban con alguien que está encima de todo nombre: su primer grabado, que da el nombre a la serie, se llama "Miserere", "Miserere mei, Deus secundum m a g n a m misericordiam tuam". Realmente, no son casi grabados; precisamente porque son grandes obras de arte. Ninguna obra de arte es esencialmente un producto de su técnica: un cuadro, una novela, cuando lo son, son esencialmente obras de arte, y luego, son un cuadro o una novela. Los grabados de Rouault son grandes, inclasificables grabados, luego de ser obras de arte.

Los grabados del "Miserere", están bien lejos de ser arte puro, lejos de la prescindencia sentimental del artista. Son todo lo opuesto de la pura figuración; lo opuesto de lo que sería el ideal de la pintura de Matisse, por ejemplo; son también todo lo opuesto de las abstracciones de un Mondrian. La tentativa de Rouault no es pletórica, es confesional; sus grabados, particularmente —allí donde coincide más con sus cualidades mayores— se ven constantemente violentados, hinchados de imprecaciones o tendidos hasta un grado tal de tensión que denuncian flagrantemente que el mensaje que los trajina fué lo que les dió nacimiento. Rouault no usa las cosas ni las criaturas como tales, sino para interrogarlas; las estruja, las sacude, preguntándoles por él, intentando penetrar en ellas para encontrarse. Es evidente que las quiere con el amor de un violento, por lo cual se puede esperar que lance sobre ellas el llanto o la cólera horrísona, todos los rostros cambiantes de la pasión. Hay en su arte todas las etapas de una fuerza natural desencajada: se oye declamar el trueno, tajear el rayo y lamer la lluvia. Y luego nace la calma. Porque cubriéndolo todo, como un beleño, muy a menudo en el arte de Rouault se suscita una calma que permite convivir la violencia y la dulzura, la iluminación sajante y la súplica del mas pequeño de los hijos ante la Virgen. Sus grabados se vuelven entonces grandes lagos de negrura —una negrura que conoce bien el catolicismo—, profundamente tristes y serenos, albergues de nostalgia, de súplica y de esperanza.

Basilio URIBE

El testamento de Peter Wust

En Alemania, su patria, fué recordada recientemente en sentida ceremonia la memoria de Peter Wust, eminente pensador católico contemporáneo, teólogo, filósofo y poeta, cuyas son las palabras de despedida —en su oportunidad muy difundidas— que seguidamente transcribimos. Las dirigió a sus alumnos de la Universidad de Münster y constituyen un ejemplo de la dulce y esperanzada resignación que alienta al cristiano de pensamientos y de obras aún en el dolor y ante la inminencia de la muerte. Pueden considerarse a justo título como la postrera y gran lección del eminente maestro católico. — N. de la R.

MUNSTER, 18 de diciembre de 1939.

Mis queridos discípulos: Ya el 16 de febrero de este año me despedí de ustedes en la cátedra, después de la lección de la mañana. Un oscuro presentimiento me decía entonces que era la última vez que se me permitía hablarles.

Vinieron luego los grandes dolores y las profundas tinieblas de la enfermedad que Dios tuvo a bien enviarme. Vino todo como tenía que venir, según los designios de la sabiduría y del amor divino.

En estos últimos meses, desde el círculo de mis discípulos se me ha pedido reiteradamente que les dirigiera todavía unas palabras de despedida, de suprema despedida. Como mis fuerzas han disminuido ya mucho, me resulta fatigoso concentrarme para semejante "epílogo". Por lo demás, no puede ser gran cosa lo que aun intentaré decirles. Pero, sin duda, será bastante para que comprendan el amor que desde hace nueve años me unía y todavía hoy me une a ustedes.

En primer lugar, doy las gracias a todos mis queridos discípulos y discípulas (pues no me dirijo sólo a los señores de la Facultad de Teología, sino a los alumnos de todas las Facultades) por la constante fidelidad y amor y adhesión con que, durante todos estos años de mi actividad docente en Münster, me han hecho dichoso. Procuraré pagarles esta fidelidad desde la otra vida, tan pronto como haya concluído mi lucha. Hasta ahora, vivo aquí en pleno Adviento, y, mientras tanto, tienen que pedir para mí ustedes, mis queridos discípulos y discípulas, fuerza y perseverancia. Porque estoy completamente sometido al sufrimiento, como para mí lo ha dispuesto el Padre Eterno.

A veces, sin embargo, siento un consuelo especial pensando que mi propio tiempo de Adviento coincide en esta ocasión tan exactamente con el Adviento de toda la Iglesia. Y también es consolador el pensamiento de que todos juntos estamos pasando la etapa más rigurosa del Adviento occidental, la grande y muy significativa tribulación de Europa, para que, después del fracaso de la Ilustración, vuelva a meditar una vez más sobre la sencilla herencia de Belén: "*Et in terra pax hominibus bonae voluntatis*".

"Metanoeite" —he aquí la llamada que desde los días de Napoleón resuena cada vez con más fuerza en los oídos de la intelectualidad europea. "Metanoeite"—, esta llamada resuena a lo largo de todo el siglo XIX y se amplifica en el siglo XX hasta convertirse en la explosión atronadora de las dos guerras mundiales. Cada vez es mayor el asombro que se siente al volver la mirada sobre los últimos ciento cincuenta años y ver cómo, al principio, sólo unos cuantos individuos, pero, luego, sectores cada vez más amplios de la intelectualidad europea comenzaron a vislumbrar el hecho de que la época que prescindió de Cristo no ha traído, en resumidas cuentas, aquella libertad que tanto se habían prometido en ella.

Un gesto de amargura comienza a dibujarse en el semblante de esta intelectualidad, y lo que esta amargura significa está perfectamente resumido en aquella profunda sentencia que San Agustín, movido por la propia experiencia, plasmó en sus *Confesiones*:

Iussisti enim, Deus, ut sibi ipse sit sua poena omnis inordinatus animus.

"Has dispuesto, ¡oh, Dios!, que todo espíritu desordenado sea su propio castigo".

La intelectualidad occidental acredita, sin quererlo, en las duras luchas espirituales de los siglos XIX y XX, la verdad de este profundo, conmovedoramente profundo, pensamiento de San Agustín.

Una verdadera multitud de fracasados puede verse en Europa desde el Romanticismo, y el número de estas inteligencias fracasadas se acrecienta a medida que nos acercamos a los umbrales de nuestro tiempo. Pero estos fracasados fracasan todos en el problema "Dios y espíritu", ya sea que desesperen del espíritu y de Dios al mismo tiempo, fracasando así, en definitiva, contra Dios mismo, ya sea que, reconociendo al fin la impotencia del espíritu humano, se echen en brazos de Dios de cualquier modo. Nietzsche puede ser representante del primer grupo, en cuanto podemos seguir el curso de su vida. Kierkegaard pertenece a los representantes del segundo. Por eso no es casualidad que precisamente el concepto del fracaso desempeñe tan gran papel en la filosofía actual, y, por cierto, en el doble sentido, difícilmente discernible, de sus oscilaciones entre los dos grupos de los que fracasan contra Dios o en los brazos de Dios.

Pensamientos de Adviento son, pues, como ven ustedes, los que me han ocupado por completo en las últimas semanas, sobre todo en las largas noches de dolor y de insomnio: pensamientos de Adviento resumidos en el imperioso "metanoeite" que, desde los días de la vejez de Goethe, desde los días de Hölderlin y de Novalis y de Heinrich von Kleist hasta los nuestros, hasta Heidegger y Jaspers y Karl Barth, ha movido interiormente a los espíritus de vivencias más hondas a un gran cambio en la orientación de su existencia.

Pero estos pensamientos de Adviento los vivo yo también aquí, en mi lecho de dolor, como alegría por el cumplimiento de aquello que late en el "metanoeite" como objeto de suprema añoranza. Pues ha llegado ya, mis queridos discípulos, lo que todos nosotros buscamos con tanto anhelo:

Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri.

Estoy agradecido a Dios Nuestro Señor, en estos días de sufrimiento, especialmente por dos cosas. Primero porque a lo largo de mi vida me ha ido haciendo ver cada vez más claramente la verdad de todo lo que se refiere a Cristo.

Segundo, porque durante los nueve años de mi actividad docente en Münster me ha dado la fuerza y la gracia de confesar esta verdad desde mi cátedra, públicamente y sin el menor reparo. Sé que esta confesión era con frecuencia muy difícil, porque era muy peligrosa. Pero, con el apoyo de la Gracia, he arrostrado todos los peligros, y ahora sé que *"non confundar in aeternum"*.

Y si ustedes me preguntaran ahora, antes de que me vaya y me vaya definitivamente, si no conozco una llave mágica que puede abrirle a uno la última puerta para llegar a la Sabiduría de la Vida, yo les diría: "Ciertamente". Y esta llave mágica no es, por cierto, la reflexión, como tal vez podrían esperar ustedes, tratándose de un filósofo, sino la oración. La oración, concebida como suprema entrega, nos hace sosegados, nos hace como niños, nos hace objetivos. Para mí, el hombre penetra cada vez más profundamente en el ámbito de lo humano —no del humanismo— en la medida en que es capaz de orar, y aquí me refiero sólo a la *oración genuina*. La oración es el rasgo característico de la suprema humildad del espíritu. Las grandes cosas de la existencia sólo se otorgan a los espíritus que oran. Y donde mejor se aprende a orar es en el sufrimiento... Lean ustedes lo que en el *Librito de la Sabiduría Divina* (II parte, cap. XIII) dice el Beato Enrique Susón sobre la nobleza del dolor temporal y su relación con la oración.

Y con esto, mis queridos discípulos y discípulas, quiero cerrar mi "epílogo". Acaso pueda celebrar aún por una vez las Navidades con ustedes en este mundo. Les ruego, pues, que en estos próximos días recen una vez más por mí muy especialmente.

Les deseo a todos todo género de bienes para el futuro.

Y ahora les saludo una vez más muy cordialmente con un alegre y confiado "¡hasta la vista!".

Peter WUST

PRIMERO DE MAYO

He aquí un programa de liberación humana

Alocución pronunciada por el P. I. de Azpiazu el día 1º de mayo de 1960, en la Basílica de Santa Rosa de Lima, de la ciudad de Buenos Aires, con motivo de la concentración de los Círculos de Obreros Católicos.

OBREROS católicos:

Yo os felicito, porque en este primero de mayo, en el que van a perfilarse actitudes sociales de significación cristiana o anticristiana, habéis querido reafirmar los principios de la doctrina social de la Iglesia, que dieron origen a vuestro glorioso movimiento. De este modo prolongáis la tradición iniciada por los viejos luchadores, que os precedieron en los Círculos, sabiamente adiestrados por el genio organizador y la voluntad férrea de un eximio religioso.

A vuestra vista siento la tentación de lanzar una mirada retrospectiva a la historia de vuestra institución y de cantar vuestras victorias; pero los tiempos turbulentos, en que vivimos, nos imponen el deber de mirar hacia adelante y resolver las cuestiones de nuestra época, cuidando, eso sí, de poner en nuestro empeño la ortodoxia y la audacia, el desinterés y el heroísmo de aquellos fundadores de los Círculos, cuyos nombres venerados pronunciamos con gratitud, y para cuyas almas elevamos hoy una plegaria.

Pero no nos contentemos con panegíricos de brillantes actuaciones pasadas. El cristianismo es presencia y seamos los realizadores de la doctrina social cristiana en nuestros días, como los viejos lo fueron en los suyos.

¿Cuáles son, pues, los principios que han de orientar nuestra acción social?

He ahí la cuestión a la que trataré de contestar, valorando las nociones de hombre, trabajo y profesión, que entran en el juego de la vida económico-social, denunciando los errores que sobre esos mismos conceptos vierten principalmente los estatólatras y los individualistas. Inútil añadir que cuidaré de moverme en el plano de los principios, donde sólo me atará el respeto a la ortodoxia católica, sin descender al plano de la técnica de la organización, que no incumbe directamente a la Iglesia, por no ser su misión el organizar la ciudad terrestre.

EL HOMBRE

a) *el hombre visto por los individualistas y los totalitarios*

En las teorías individualistas y totalitarias el hombre aparece como un ser disociado y abstracto. A pesar de sus apariencias antagónicas, individualismo y totalitarismo beben en la misma fuente y tienen trazos comunes. Ambos parten de la tesis rousoniana, que descarta la caída original, cree en la bondad innata del hombre, y luego de coronar al individuo con la libertad teórica le abandona en las garras opresoras del contrato social, como la Revolución francesa partió del derecho absoluto de la propiedad, para luego aniquilarlo dentro del colectivismo. Individualismo y totalitarismo, ambos destrozan el carácter natural de la sociedad, el origen divino de la autoridad, la sumisión de la ley humana al orden eterno. La oposición está en los métodos y en los resultados, pues corriendo por caminos abiertos a impulsos de sus tendencias contradictorias, llegan los unos al "dejar hacer" del Estado y los otros el "aquí mando yo" de los gobiernos totalitarios. Los primeros concentran su visión en el individuo y en sus aras sacrifican la sociedad; los segundos toman como punto de mira el Estado y a sus pies depositan los jirones de la persona humana. Así disociado el hombre, se convierte en un ser abstracto adorado por los individualistas como un rey sin reino, y reducido por los totalitaristas a un número de cálculo colectivo, cuyo único valor es el de un sumando en la gigantesca suma estatal, víctima indefensa de ese moderno Leviathan, que quiere dominar todo, absorviendo todo.

b) *el hombre visto por la doctrina social cristiana*

Nada extraño, obreros, que el cristianismo



haya estigmatizado estos dos errores, que trastornan la escala de los valores, dando lugar a la vergüenza social del siglo XIX, al paganismo agresivo fascista-nazi, a ciertas formas dictatoriales anti-cristianas o pseudo-cristiana de la Europa contemporánea y a la doctrina social comunista, que, oponiéndose en algunos planos, se unen para pisotear el verdadero origen, naturaleza y fin del Estado, así como también los derechos de la persona humana, su libertad y su dignidad.

Frente a estas teorías falseadoras de la noción de hombre, el cristianismo presenta a la persona humana en su doble aspecto individual y comunitario, aureolada con la filiación divina.

Cierto que nosotros no podemos ni realizarnos ni completarnos al margen de la comunidad, como luego veremos; pero cierto es también que el hombre es un algo real y total, indisoluble e inviolable, término y no medio de la sociedad, centro hacia el cual convergen determinados derechos inalienables:

—el derecho a la vida contra el despotismo arbitrario de los poderes públicos;
—el derecho a condiciones dignas y necesarias para la conservación y el desarrollo de su existencia corporal, intelectual y religiosa;
—el derecho a la constitución de un hogar moralmente decente y materialmente provisto de lo necesario, y consiguientemente el derecho al trabajo y a una remuneración suficiente para el sostenimiento de la familia;
—el derecho inalienable a la seguridad jurídica, dentro de la cual queden defendidas sus libertades individuales contra los atentados caprichosos y déspotas de una ley o de una organización judicial injustas;
—el derecho a expresar su opinión personal, con las restricciones que exige el bien común al servicio de la verdad, pero no sometido al antojo de un criterio determinado, que ve el bien en lo que le favorece, y el mal en lo que le perjudica;
—en fin, el derecho supremo a rendir culto a Dios privada y públicamente.

Deber nuestro es, obreros, ser los defensores de estos derechos humanos en la vida social-económica, cueste lo que costare, protegiendo con nuestra palabra y nuestra acción a las personas humanas oprimidas, llámense como se llamen, clamando contra los opresores del hombre, sea que renieguen el nombre de Dios, sea que utilicen el nombre del Altísimo para cubrir sus crímenes, abarcando en nuestra protección todas las inocencias, e incluyendo en nuestra condena todas las injusticias.

EL TRABAJO

"El hombre ha sido hecho para trabajar, como el pájaro para volar", ha escrito León XIII. Siendo el trabajo obligatorio para todos y fuente de riqueza para las naciones, es evidente que el orden económico-social depende del concepto justo de la noción de trabajo.

Frente al paganismo que humilló y degradó el trabajo manual, diciendo por boca de sus más destacados pensadores que "nada noble podía salir de una fábrica", la Iglesia proclamó que el trabajo es doblemente noble: primero porque está mandado por Dios y segundo porque es necesario para el mantenimiento y desarrollo de la vida humana. Añadamos que es también necesario para obtener la rehabilitación exigida por la caída original del hombre. El ejemplo dado por Cristo Obrero da a esta re-

habilitación un sentido suplementario, porque de este modo el trabajo es un medio de completar lo que falta a los sufrimientos de Cristo para la redención de los miembros de su Cuerpo Místico. Así rehabilitado el trabajo llega a ser para el cristiano una fuerte alegría: de ser creador y redentor, y por añadidura centro de derechos propietarios inviolables.

¡Gloria y honor a todos los hombres, que, hundidos en las minas subterráneas o gastando su vida en los laboratorios, dirigiendo empresas o conduciendo colectividades, contribuyen esforzadamente al bien común, con el trabajo de sus manos o de sus mentes, y uniendo su esfuerzo a la labor incesante del Universo entonan al Creador el himno del trabajo!

Ah, pero un deber que ennoblece y rehabilita al hombre no ha de ser vilipendiado por el mismo hombre, ni ha de ser causa de luchas fratricidas.

Durante largos años el individualismo menospreció el trabajo humano, tratándolo como mercancía; pero para qué levantar el látigo contra el viejo verdugo de la sociedad, que entró ya en período agónico y está por desaparecer? Placer de pigmeos es acribillar a lancetadas el cadáver del adversario. Lo varonil, lo cristiano será en nuestros días mirar cara a cara a otro enemigo, que, luego de minimizar los derechos de la persona humana, entra a saco en la consecuencia más legítima del trabajo, que es la propiedad, quitando a aquél el estímulo de la iniciativa privada, y a ésta no pocos de sus derechos bien conquistados.

Si hasta hace poco el mundo social-económico vivió en desequilibrio porque el individualismo a fuerza de desestimar el carácter individual de la propiedad, es decir, que del abuso del individualismo caminamos hacia el abuso de las nacionalizaciones.

La posición del catolicismo en este punto obedece a una doble preocupación: el respeto de la propiedad privada y las exigencias del bien común.

El respeto a la propiedad privada hace que el catolicismo denuncie los peligros del totalitarismo, que tiende a acaparar todos los medios de producción y a suplantar el capitalismo privado por un supercapitalismo estatal. En las empresas nacionalizadas los problemas generales de la producción y de la distribución se plantean de modo parecido a como se plantean en las empresas privadas y la suerte del trabajador no siempre sale mejorada. Las nacionalizaciones sólo modifican las estructuras sociales en un punto, haciendo que los beneficios que antes iban a los particulares, vayan a la colectividad. Pero este cambio es deseable, cuando el Estado es buen administrador y repudiable

cuando los beneficios son destinados a mantener un funcionarismo parasitario, siervo de los fines políticos estatales. En cualquiera de los casos el obrero sólo gana la relativa seguridad del funcionario, somete su suerte económica a los vaivenes de las transformaciones políticas, pierde en gran parte el derecho a la huelga, se libera de un patrono privado para caer en las manos de otro patrono más poderoso y menos responsable, más fuerte y menos atacable, sin conseguir modificar fundamentalmente el régimen de la economía capitalista, que pasa del terreno privado al plano del Estado.

¿Quiere esto decir que el catolicismo se opone en absoluto al sistema de nacionalización?

No. Porque si bien el respeto del derecho de propiedad privada le hace ver dificultades en el citado sistema, el catolicismo tiene en cuenta las exigencias del bien común y acepta la nacionalización de ciertas actividades económicas, cuando no hay otro medio para remediar los males, para evitar el derroche inútil de las fuerzas productivas del país, para garantizar la organización de estas fuerzas y dirigirlas al beneficio de la nación.

La nacionalización es un medio puesto a disposición del Estado para elevar la propiedad productiva a su función social.

Sin embargo, el motivo muy legítimo de ejercer un control sobre la producción y la distribución de las riquezas nacionales no justifica, ni desde el punto de vista moral, ni desde el punto de vista económico, la nacionalización de una empresa, cuando el Estado puede llegar a sus fines por otros medios, que corrijan los abusos del capitalismo privado sin caer en el capitalismo, aún más funesto, del Estado.

En definitiva, la intervención del Estado en esta forma extrema del dirigismo no es más que un medio, no el único, que puede ser impuesto con prudencia y flexibilidad, para promover el progreso económico del país, recordando siempre que una empresa nacionalizada implica medidas excepcionales, detrás de las cuales se perfila la silueta del Estado, que, en muchos casos, es una grande ficción, en la que todo el mundo quiere vivir a expensas de todo el mundo.

PROFESION

Esta transformación no resuelve los problemas de la clase trabajadora, que ha llegado a su mayoría de edad, no se contenta con simple cambio de etiquetas, quiere salir de su condición proletaria y reclama su parte ,tanto en la gestión de la empresa, como en la ordenación profesional.

El obrero quiere sentirse en la empresa como en su casa, para desplegar dentro de ella toda su acción y toda su responsabilidad de hombre, aspira a la vida social-económica y a los frutos de la producción. Para realizar estos progresos sociales son necesarias ciertas reformas de estructura, más fundamentales que la nacionalización, que el catolicismo acepta y promueve, afirmando que sólo serán eficaces aquellas que reconozcan la jerarquía del mando basada en la capacidad y en la moralidad, las que respeten los derechos legítimamente adquiridos, descarten todo espíritu de violencia, y tengan en cuenta las posibilidades de la economía nacional. La Iglesia, consciente de que su misión no es organizar la ciudad terrestre, no propone ningún sistema técnico, pero sí propone con vigor sus principios.

Puesto que el problema de profesión entraña un problema de organización, nosotros no entramos en la discusión de si en su base ha de colocarse la agrupación sindical o un cuerpo profesional, ni tenemos porqué decidir si estos dos modos se excluyen o se complementan.

Deber nuestro es sin embargo aclarar los principios que han de orientar tanto el sindicalismo, como el corporativismo.

a) *sindicalismo*

El sindicalismo debe ser libre y responder a las diversas modalidades espirituales de la nación. La Iglesia quiere que los católicos constituyan sindicatos católicos, si bien acepta, que algunas necesidades particulares pueden obligar a obrar de modo diferente, a condición de que junto a esos sindicatos existan otras asociaciones destinadas a dar a sus miembros una doctrina y una mística moral-religiosa.

La libertad que respeta las diversas tendencias y el pluralismo de los grupos debe prevalecer sobre el monopolio del sindicato único, que necesariamente llega a ser totalitario. La diversidad de estas organizaciones no excluye la posibilidad de acuerdo intersindicales sobre determinadas reformas. De este modo la postura del catolicismo, lejos de perjudicar a la unidad del mundo del trabajo, garantiza la libertad personal y la autonomía de los movimientos.

El sindicalismo no puede ser independiente del Estado, porque si bien inicialmente es una institución privada, por la fuerza de las cosas debe colaborar con el poder público, so pena de que el Estado favorezca al sindicato de su preferencia, o que el sindicato más fuerte se convierta en amo del Estado.

En fin, el sindicalismo, para que cumpla su misión, debe integrarse en una profesión organizada. "El sindicato libre es una profesión or-

ganizada", he ahí la fórmula del cristianismo en nuestros días.

b) corporativismo

León XIII y sus sucesores han abogado siempre por una organización corporativa, como valor intermedio entre el individuo y el Estado.

Por ser órgano intermedio, el corporativismo que nosotros propugnamos no es de tipo estatal. Cierto que recibe del Estado una cierta especie de investidura, la consagración de su estatuto jurídico, y eventualmente una cierta delegación de poder, pero su derecho a existir, su competencia y su autoridad nacen de la naturaleza misma de las cosas.

El corporativismo católico es un corporativismo de asociación, el que nace de los esfuerzos particulares de los grupos alentados por el Estado.

El corporativismo estatal consiste en levantar, según un plan preestablecido por él, el cuadro completo de la institución corporativa, desde las secciones locales hasta los órganos centrales, apoyándose en un poder dictatorial, animado con frecuencia por una mística racionalista.

Su instauración en distintos pueblos, como en la Alemania hitlerista, en la Italia fascista, y en otras dictaduras europeas de tipo comunista y anti-comunista, si bien con diversidades accidentales, ha contribuído a la difusión de un error pernicioso, cual es el de hacer pensar que el corporativismo sólo puede vivir y prosperar en regímenes de poder absoluto.

Este es el momento de recordar que instituir y reconocer son dos actos de autoridad distintos, que no hay que confundir y que al Estado compete la facultad de reconocer y no como amo exclusivo instituir en materia de corporativismo.

UN SUPLEMENTO DE ALMA

Si queremos conseguir esta organización humana de la vida del trabajo, hemos de introducir en ella una mística reformadora de costumbres que nos ha dictado la ley del amor fraternal. La negación teórica o práctica de ese Dios ha abierto en la sociedad una profunda

brecha por donde se ha introducido la lucha de clases, convirtiendo el mundo del trabajo en un inmenso campo de batalla. Durante un tiempo el Estado contempló impasible el aniquilamiento de los económicamente débiles por los económicamente fuertes; hoy, puesto a dirimir la cuestión, no contento con ejercer su legítimo poder supletivo, quiere erigirse en dueño y señor de la producción y de la distribución. Los de antes y los de hoy desnaturalizan las nociones fundamentales de la sociedad, y las tristes experiencias contemporáneas van dando una realidad trágica a la frase del salmista:

"Si el Señor no edifica la ciudad, en vano trabajan quienes la edifican".

Junto a esa afirmación de Dios coloquemos un profundo sentimiento de solidaridad humana.

Para ello es indispensable una verdadera educación de cuantos contribuyen a la producción por medio del trabajo.

Los jefes deberán esforzarse por evitar tanto el automatismo, como la debilidad; los representantes de los obreros deberán renunciar a las críticas fáciles y medir las consecuencias de sus reivindicaciones. Importante papel desempeñarán en este aspecto los que por su profesión están situados entre el capital y la mano de obra, para dar a ésta el sentido económico de que a veces carece y a aquél la formación social que necesita.

¿No creéis que uno de los deberes más apremiantes de vuestros círculos es dar al sindicalismo argentino ese suplemento de alma, con la afirmación de Dios y la educación social de los distintos factores del trabajo?

También las tendencias corporativas necesitan un suplemento de alma.

¿Qué se podrá esperar de ellas, si no hay costumbres corporativas, una moral corporativa, que en suma no es más que el deber de estado?

Sin ese deber de estado, palabra venerable de la terminología cristiana, llena de fuerza y de juventud, el cuadro corporativo será la letra que mata, y carecerá del espíritu que vivifica. Ese espíritu es la persona humana sirviendo a la comunidad, tendiendo a realizar en el cuerpo social lo que el apóstol dice del Cuerpo Místico de Cristo: "Todo el cuerpo, coordinado y unido por los lazos de los miembros, que se prestan mutua ayuda y cada cual obra según la medida de su actividad, crece y se perfecciona en la caridad".

Sólo así se podrá llegar a la paz en el interior de las naciones y en el concierto de los Estados. En el interior de las naciones, suprimiendo la lucha de clases, ya que con esfuerzos diversos, justamente valorados y remunerados contribuirán a hacer un todo con vida y fisonomía propia, enriqueciendo la tierra que los antepasados conquistaron, unidos en un abrazo fraternal, bajo los pliegues de la bandera que resume el honor, la esperanza y la vocación de la patria.

Y por sobre las naciones, reine la paz entre los Estados en la convergencia de sus variados intereses económico-sociales, en el respeto de las nacionalidades grandes y chicas y en la organización del mundo de la producción y de la distribución basada en la justicia y no en la fuerza.

Estos son los principios del catolicismo social contemporáneo.

A nosotros toca introducirlos en la vida real, a fin de que lleguen a ser patrimonio común de la humanidad, que, luego de haber probado los frutos amargos del individualismo y del totalitarismo, terminará por convencerse de que su salvación no está en la lucha de clases, ni en el abuso autocrático del poder del Estado, sino en la aplicación sincera de la doctrina de Jesús, que nos enseñó a adorar a Dios, como al Padre, y a amarnos como hermanos con el amor que El nos demostró.

J. de AZPIAZU

La Asociación de Hombres de la Acción Católica y el periodismo católico

Nos es grato transcribir del Boletín Concordia, publicación de la A. de H. de la A. C. el siguiente artículo:

"CONCORDIA, que dentro de la modestia de sus posibilidades, hace también de alguna manera periodismo católico, y que sabe por lo tanto de lo difícil de la empresa, por la carencia de medios económicos, por el derrotismo o la indiferencia de muchos, y porque una firme línea moral impide muchas veces, en salvaguarda de los principios, competir con éxito con otras publicaciones a las que no preocupa la cuestión, no puede dejar de recordar a todos aquellos hombres meritorios, que poniéndose a tono con la época, supieron y saben hacer proficuo apostolado por medio de la prensa.

Vienen a nuestra memoria aquellas hojas, de nombres risueños, a las que el batallador Fray Francisco de Paula Castañeda, les daba tono ágil, pero siempre ortodoxo, o aquellas otras que jerarquizaba el talento y sapiencia de Fray Cayetano José Rodríguez, en el siglo pasado, antes de la organización nacional, verdaderas precursoras del periodismo católico actual.

Ya en 1853, los afanes del Pbro. Federico Aneiros, que años más tarde se sentaría en la silla arzobispal de Buenos Aires, lo llevan a editar un semanario, "La Religión", cuyas columnas dieron cabida muchas veces a los artículos preñados de verdades de Félix Frías y de Pedro Goyena. Tiempo después aparece el diario "La América del Sud", y el hebdomadario "El Católico Argentino", que no tuvieron larga vida.

Cuando los ataques a la Iglesia tomaron carácter gubernativo, José Manuel Estrada acompañado de todos aquellos hombres que compusieron la ilustre generación católica del 82, funda un diario que ocupa lugar prominente en la historia del periodismo católico argentino, "La Unión", desde donde se combaten reciamente todos los errores del momento: enseñanza laica, matrimonio civil, etc. Para esa misma época el canónigo Juan Acacio López dirige "La Voz de la Iglesia", que a su fallecimiento se denominará "La Tradición".

La nómina no pretende ser completa. Pero todos ellos y los que desde las hojas parroquiales lucharon por expander la voz de la Iglesia, que es la palabra de Cristo, merecen el homenaje de las presentes generaciones católicas argentinas. Generaciones que tienen una importante misión a cumplir en este campo.

En efecto, no a todos es posible ni todos poseerán vocación para dedicarse al periodismo católico. Pero no puede haber socio de la Acción Católica en nuestro país, que no deba entregarse con todo entusiasmo a la difusión y propaganda de aquellos diarios de nuestra ideología, que siempre a costa de grandes sacrificios pugnan por imprimir aquello que no nos brinda el resto de la prensa liberal o indiferente.

En ese sentido todo cuanto se haga en favor de periódicos como *"El Pueblo"* de Buenos Aires, *"Los Principios"* de Córdoba, *"La Mañana"* de Santa Fe, *"La Acción"* de Paraná, *"La Verdad"* de Junín, etc., y por revistas como *"Criterio"*, *"Heroica"*, *"El Mensajero"*, etc., es por cierto, capital que iremos acumulando para que el Señor nos lo tenga en cuenta en el momento supremo del Juicio".

N. de la R. de CRITERIO:

Por nuestra parte suplicamos a todos los católicos, conscientes de sus responsabilidades y de las urgencias de la hora que atraviesa el mundo (necesitado como nunca de Cristo, Camino, Verdad y Vida), nos hagan llegar la ayuda material que necesitamos para la obra de apostolado intelectual en que estamos desde hace 23 años empeñados y que queremos sea de todos. Esperamos lo hagan según sus posibilidades, por medio de suscripciones nuevas (anuales, $ 20; semestrales, $ 11; *trimestrales*, $ 5); o bien suscribiendo una *vitalicia* de $ 1.000, ó *de protección*, $ 100 por año, o *especial* de $ 50 anuales) o por medio de avisos ya de profesionales ya de comerciantes católicos.

Rogamos que al efecto se dirijan al Director de CRITERIO, Alsina 840, 2º Piso, Buenos Aires.



COMENTARIOS

EL VALOR DE CONFESAR LAS CONVICCIONES

Va de cuento . . . aunque no tan cuento porque en efecto ocurrió. Fué el viernes 13 próximo pasado, por la noche, durante una de las tantas audiciones de preguntas con premios que se efectúan en las estaciones radiales de la capital federal. En la ocasión estaban en juego nada menos que 6.600 pesos cantidad no despreciable que, como se comprenderá, comunicaba a la sesión un interés desusado, tanto en los asistentes al acto como en los radioescuchas que no perdían detalle.

Una persona fué llamada a contestar y el "animador" puso énfasis especial en su pregunta que, en verdad, como vulgarmente se dice, era "brava". Sin embargo, y ante el asombro general, el interrogado sin perturbarse respondió cabalmente, y hasta se dió el lujo de proporcionar información complementaria.

Entusiasmado el "animador", solicitó del público el consabido aplauso para el brillante examinado, y obtenido que fuera, volvió a inquirir a éste:

—Y bien, señor, ya que ha sido tan afortunado, dígame, si no peco de curioso, ¿en qué piensa gastar los 6.600 pesos que acaba de ganar?

Escandalizante y estentórea, por los caminos del éter, se difundió la respuesta.

—Pienso donarlos al partido socialista, que tanto bien ha hecho al país.

Por un instante se hizo el más absoluto silencio en la onda, hasta que recobrado el aliento, el pobre "animador", bastante "desanimado" dijo:

—¡Ah, ah . . . , claro . . . , esto . . . , muy bien, muy bien . . . (y quizá dirigiéndose a la orquesta) . . . ¡música maestro!

Y . . . ¡telón!

He ahí un mozo terne, acotamos nosotros, he ahí un hombre que tiene el valor de confesar sus convicciones. Deploramos, desde luego su adhesión a doctrina tan feble como el socialismo, y por parte alguna vemos el bien que dice haber hecho ese partido al país; pero, eso sí, admiramos su entereza, su entusiasmo, su fe. Y esto desearíamos para no pocos de los nuestros, que no han acabado de comprender la honrosa determinación que encierra el proclamarse, oportuna e inoportunamente, católicos, apostólicos y romanos; esto . . . y lo otro: esa decisión para desprenderse de bienes materiales y contribuir al apoyo de las obras católicas.

A PROPOSITO DE "MANON" Y "EL CISNE NEGRO"

LA decisión de prohibir la exhibición de las cintas del epígrafe en la capital federal y permitirla fuera de sus límites, ha provocado en modo suficiente los indignados comentarios que era dable esperar, de parte de las publicaciones católicas, y no hemos de ser nosotros los que en ese sentido agreguemos uno más.

Solamente nos proponemos señalar, que muy diversamente procedió la autoridad pública con oportunidad del anuncio de "El Gran Dictador" de Carlitos Chaplin. Entonces, mediando un fuerte interés político, se tuvo buen cuidado de que esa producción no se exhibiera en parte alguna del territorio nacional. Y es que con toda evidencia, siempre se da más importancia a lo político que a lo moral. De ahí que casos como el comentado se hayan repetido con alguna frecuencia, y que al presente, cintas de la calaña de "Manón" y "El Cisne Negro", hayan podido envenenar las mentes de millares de argentinos, hombres y mujeres, adultos y niños, con sólo proponerse cruzar el puente del Riachuelo.

Como ninguna potencia extranjera iba a protestar por el daño ni ninguna bandería política iba a poner el grito en el cielo, la exhibición, prohibida aquí se permitía más allá, con el simple expediente de exclamar: ¡Ah, esa es otra jurisdicción!

Y entretanto los empresarios de la podre, los traficantes de bajas sensaciones, los explotadores de la bestia pública, han llenado sus bolsillos con dinero proxeneta.

Asquea ciertamente, esa avidez. Pero, por otra parte, asombra la falta de coordinación de los católicos. En alguna parte, acordándose de Santa Bárbara después del trueno, recién cuando ambas cintas envejecían en las carteleras, se movilizaron enérgicamente para hacer prohibir tales exhibiciones. En otros sí, lo hicieron anticipadamente, como convenía. Pero en todas, el éxito alcanzado por sus gestiones, debe servirles de aliento para lo futuro. Ni bien se pusieron de pie fueron escuchados y sus demandas satisfechas. En casi todos los casos la autoridad pública hizo suyas sus demandas. Es cuestión entonces de que coordinen su acción y permanezcan alerta, formando un solo frente. La moral de los espectáculos interesa tanto en la capital como en las provincias.

LA "TESSERA" DEL PEREGRINO

Los peregrinos argentinos que deseen disfrutar de las ventajas que proporciona la Tessera del Peregrino con motivo del Año Santo (reducciones sobre los viajes en ferrocarril, etc.), pueden solicitarla en la Parroquia de S. Nicolás de Bari (Santa Fe 1352, Buenos Aires).

El precio de la misma, fijado por el Comité de Roma, es de $ 25.—.

Documentos

LLAMADO A LA UNIDAD DE LOS CATOLICOS CHILENOS

I

Monseñor Domingo Tardini, Secretario de la Congregación de Negocios Extraordinarios del Vaticano, ha dirigido al Cardenal Arzobispo de Santiago, don José María Caro, una carta en la cual se expresa que "El Santo Padre, preocupado de las persistentes divisiones y polémicas por motivo de política de partidos, y anhelando dar una palabra de aliento al Episcopado Chileno para que trabaje por la unión de todos los católicos, y para el bien espiritual del pueblo, que no puede estar separado de la justicia, de la paz social, me ha encargado dirigir con este fin una carta a Vuestra Eminencia, para que sea conocida y meditada".

El texto del mensaje de Monseñor Tardini, es el siguiente:

"Vaticano, 10 de febrero de 1950.

Eminencia Reverendísima: En su larga y tan fecunda carrera pastoral, Vuestra Eminencia Reverendísima ha podido observar cuán a pecho tiene la Santa Sede la prosperidad religiosa de Chile.

La erección de nuevas Provincias Eclesiásticas, y de nuevas diócesis y circunscripciones misioneras, la mejor organización de los Seminarios, y los esfuerzos en favor de una formación más perfecta del clero, el apoyo y ayuda siempre prestados para el envío a Chile de misioneros y religiosas, el aliento a las actividades culturales, a la enseñanza catequística de parte de los seglares y a las nuevas formas del apostolado requeridas por los nuevos tiempos, son otras tantas pruebas del vivo interés manifestado por la Santa Sede en los últimos decenios en pro de las necesidades religiosas de esa nación.

Sin embargo, algunos problemas, por su importancia, gravedad y delicadeza han llamado particularmente la maternal y a veces temerosa atención de la Iglesia: se trata sobre todo de las divisiones de los católicos en el terreno político con posible daño grave para la unidad superior de la fe y de la obediencia exigida por la disciplina de la Iglesia, cuando se trata de la necesaria y obligatoria actividad de los católicos en el terreno social.

Acerca de estos graves problemas ya en el año 1934, con carta de 1º de junio el Excmo. Nuncio Apostólico de Chile, había dado claras normas directivas, en nombre del Santo Padre, el Cardenal Secretario de Estado, hoy Sumo Pontífice gloriosamente reinante. Esas directivas generales no han perdido hoy nada de su actualidad, sino más bien, al contrario, ante las persistentes divisiones y polémicas entre los católicos en el terreno político y ante tantas deficiencias en el terreno social, no compensadas con las estériles disputas, ante el consiguiente debilitamiento de la estrecha unión de los católicos, del cual se aprovechan los enemigos de la Iglesia, esas directivas se vuelven a recordar e inculcar con firmeza.

"Es evidente —escribía entonces el reinante Pontífice— que la Iglesia no podría ligarse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión". Los católicos, por tanto, pueden inscribirse y militar en aquellos partidos y deben dar el voto a aquellos candidatos, que ofrezcan seguras garantías para el respeto de la Religión, de la Iglesia Católica, de su doctrina y de sus derechos. "Es, sin embargo, obligación de todos los fieles, aunque militen en diversos partidos, no sólo conservar siempre para con todos, pero especialmente, para con los hermanos en la fe, aquella caridad que es como el distintivo de los cristianos, sino también anteponer siempre los supremos intereses de la Religión, a los del propio partido, y estar siempre prontos a la obediencia a sus pastores, cuando, en circunstancias especiales, los llamaren a unirse para la defensa de los principios superiores".

Mas, hoy en todas las naciones del mundo hay un problema grave y urgente: El problema social. Para éste la Iglesia ha proclamado su luminosa doctrina, la cual, fundada en la ley natural que exige la justicia social, recibe perfeccionamiento y como un alma nueva de la luz del Evangelio y de la llamada de caridad de nuestro Redentor. Después de las grandes Encíclicas de León XIII y Pío XI, después de los preciosos y copiosos documentos sociales de Pío XII, ya no deberán los hijos de la Iglesia, a cualquiera clase social y a cualquier partido político a que pertenezcan, ignorar el camino que han de seguir, o rehusar seguir ese camino. Por lo mismo resulta mucho más doloroso compro-



bar cuán frecuentemente aún, quien hace amplia profesión de fe y de devoción a la Iglesia, se muestre insensible a las propias responsabilidades y a los propios deberes sociales. Y, sin embargo, para naciones como Chile, donde el problema social se va haciendo cada día más agudo, se puede decir, que el porvenir de la Iglesia depende sobre todo de la sensibilidad de los católicos acerca de estos deberes.

En esa nación, no pequeña parte de las escuelas públicas, prácticamente sin Dios, ha dado sus lamentables frutos; a la cual se agrega hoy el esfuerzo progresivo por descristianizar las clases más humildes y por esto mismo, más cercanas al corazón maternal de la iglesia: Los obreros y los campesinos acechados unos y otros por una propaganda, a veces abierta, a veces disimulada, de ateísmo y materialismo, que toma ocasión y pretexto de las injusticias sociales verdaderas o falsas.

En esta hora tan grave, es vivo deseo del Santo Padre que el Episcopado chileno, tan solícito por el bien espiritual de la patria amada, se estreche siempre más, en unidad de espíritu, de propósitos, de acción en torno de la venerada persona de Vuestra Eminencia, a fin de que los sacerdotes y los fieles, bajo la sabia guía de sus pastores, con alto sentido de disciplina y de plena conciencia de su responsabilidad, formen como una sólida roca contra los asaltos de los enemigos, y preparen, con su ejemplo y con su acción, días de prosperidad religiosa y civil, de paz y de justicia para su noble patria.

Al hacerme intérprete ante Vuestra Eminencia de la Augusta Mente de Su Santidad, beso humildemente la S. Púrpura y con profunda veneración me profeso".

II

PUNTOS PRINCIPALES DE LA CARTA DEL SANTO PADRE, AL EMINENTISIMO SEÑOR CARDENAL

El Documento que el Excmo. y Rvdmo., Secretario de la S. Congregación de Negocios Extraordinarios de la Santa Sede, Monseñor Domingo Tardini, envió al Cardenal Arzobispo de Santiago, por encargo del Santo Padre, y que contiene enseñanzas de excepcional importancia y de universal trascendencia para todo tiempo y para todo pueblo, las tiene sobre todo para los católicos de Chile, para quienes ha sido dirigido, en vista de la gravedad de los males que debilitan su acción cristiana y preparan daños mayores aún para nuestra Patria y para la Iglesia.

Estimamos, por tanto, que vale la pena llamar la atención hacia los puntos principales que ese Documento nos expone.

La unión y la mutua caridad de los católicos

Este es el primer punto, base y vigor de toda actividad que quieran desplegar los católicos, como hijos de la Iglesia, sea en el apostolado de enseñanza y defensa de su doctrina, sea en la práctica de las obras de beneficencia, y especialmente en los esfuerzos que hagan por realizar la justicia social, que es otro punto del Documento.

La división, que no pocas veces va acompañada de faltas a la verdad, a la justicia y a la caridad, distintivo del verdadero espíritu cristiano, conforme a la palabra del Divino Maestro, acarrea consigo la debilidad y la ruina de la casa, de la sociedad o del reino, por muy fuerte que haya llegado a ser. "TODO REINO DIVIDIDO EN FACCIONES CONTRARIAS SERA DESOLADO; Y CUALQUIERA CIUDAD O CASA DIVIDIDA EN BANDOS NO SUBSISTIRA" (S. Mat. XII, 25). Por lo mismo, así como no hay cosa que más recomendara nuestro Señor que la unión de caridad de los suyos y que, desde los tiempos de los Apóstoles, la Santa Iglesia haya recomendado e inculcado tan intensa y vehemente; así también nada hay que procuren con mayor constancia y habilidad sus enemigos de todos los tiempos que el producir la división en los fieles. Los mayores males que ha padecido la cristiandad a través de 20 siglos le han venido de las divisiones, de las herejías, divisiones en la doctrina, y de los cismas, divisiones en la disciplina y contextura social. La historia de la Iglesia está llena no sólo de los grandes estragos, causados por las herejías y los cismas; sino también de los ocasionados por la falta de docilidad a las instrucciones de la Santa Sede, que con toda sabiduría exhortaba a la unión de los católicos, previendo los males que se seguirían de la desunión. ¿Por qué en los últimos siglos ha sufrido tan violentas persecuciones

la Iglesia en Europa y en América, en Francia, en Portugal, en España, en Italia, en Méjico y en otros países americanos? Por las divisiones de los católicos; porque no tuvieron presente, para usar las palabras de la Carta del Cardenal Pacelli, hoy Sumo Pontífice, citadas en el Documento que comentamos, "LA OBLIGACION DE TODOS LOS FIELES, AUNQUE MILITEN EN DIVERSOS PARTIDOS, NO SOLO DE CONSERVAR SIEMPRE PARA TODOS, ESPECIALMENTE PARA CON LOS HERMANOS EN LA FE, AQUELLA CARIDAD QUE ES COMO EL DISTINTIVO DE LOS CRISTIANOS; SINO TAMBIEN DE ANTEPONER SIEMPRE LOS SUPREMOS INTERESES DE LA RELIGION A LOS DEL PROPIO PARTIDO Y ESTAR SIEMPRE PRONTOS A LA OBEDIENCIA A SUS PASTORES CUANDO EN CIRCUNSTANCIAS ESPECIALES LOS LLAMEN A UNIRSE PARA LA DEFENSA DE LOS PRINCIPIOS SUPERIORES".

Si nuestros católicos meditan esas palabras y saben algo de las grandes persecuciones modernas en los países enumerados más arriba, verán desde luego las inmensas ruinas acarreadas sobre las instituciones católicas y sobre la Iglesia, por no hacer caso de las reiteradas instancias de la Santa Sede a su unión.

Verán también que lo que la Santa Sede les pide no es que formen un solo partido político; sino que aún militando en aquellos partidos políticos en que pueden afiliarse los católicos, por no tener ni sus programas ni su acción, nada contra la doctrina, los derechos de Dios y de la Iglesia; deben unirse en los casos en que la obediencia a sus Pastores se lo pida en defensa de los principios superiores.

José María Caro Rodríguez
Arzobispo de Santiago

"LOS CATOLICOS DEBEN HACER PRIMAR LA RELIGION SOBRE LA POLITICA"

(Segundo punto del Documento Pontificio)

El segundo punto del documento enviado por la Santa Sede al Cardenal Arzobispo de Santiago, señala al necesidad de despertar nuestra conciencia cristiana sobre el "problema grave y urgente, el problema social, que en Chile se hace cada día más agudo".

Más adelante, hace un recuerdo de las enseñanzas contenidas en las Encíclicas de León XIII y Pío XI, así como en las del Pontífice reinante y agrega: "resulta doloroso comprobar cuán frecuentemente, aún quién hace amplia profesión de fe y devoción a la Iglesia, se muestre insensible a las propias responsabilidades y a los propios deberes sociales".

En cuanto al tercer punto del documento pontificio, se refiere a la unidad por razón de principios superiores y bajo la dirección de los pastores. Pide la unión de todos los católicos y su trabajo en el campo social, "a cualquiera clase social y a cualquier partido que pertenezcan". Hace notar que el fundamento de la unión debe residir en "los supremos intereses de la Religión", antes que en el interés de un partido político.

Al comentar este Documento, el Cardenal Caro expresa que "hay que lograr la estrecha unión de todos los sacerdotes y seglares de toda condición, para formar una roca inconmovible contra la cual se estrelle el furor de los enemigos de Dios".

UNIDAD POR RAZON DE PRINCIPIOS SUPERIORES Y BAJO LO DIRECCION DE LOS PASTORES

(Tercer punto del Documento Pontificio)

Es claro que para tener unidad hay que contar con una base en que se funde y con una autoridad que la sostenga. Ya se ha advertido, y lo hacemos de nuevo que la Santa Sede no pide a los católicos que se unan en un partido político: nunca lo ha hecho y eso se ve con evidencia en el Documento que comentamos: nos pide la unión de los católicos y su trabajo en el **campo social**, a cualquier clase social y a cualquier **partido que pertenezcan**".

Por tanto, no es el interés de un partido político el fundamento de la unión de todos los Católicos a cualquier partido que pertenezcan; sino "los supremos intereses de la Religión", que "han de ser antepuestos a los del propio partido", como se expresa la carta citada del Cardenal Pacelli. Esos supremos intereses suponen y afirman la existencia del Ser Supremo, Creador, Padre y Soberano Señor, y la dignidad del hombre, Su principal creatura de este mundo, con sus deberes para con Dios y sus consiguientes derechos inviolables para cumplirlos plenamente. Suponen y afirman, en consecuencia, los derechos y la misión sobrenatural de la Iglesia de Cristo, el Reino de Dios en la tierra, para que, mediante él, los hombres consigan la felicidad eterna para la cual los destinó la Divina Bondad. Suponen y afirman los derechos de la Familia, institución divina también, para procurar al hombre, creado para vivir en sociedad, su mayor perfeccionamiento y bienestar temporal de que es capaz.

Los Católicos no pueden, por consideraciones de un partido o por intereses personales, olvidar o sacrificar esos supremos intereses, tales cuales los enseña y defiende la Santa Iglesia. Obrar de otro modo es traicionar esas grandes causas, por las cuales los cristianos han derramado tanta sangre y han padecido y padecen ahora mismo tan crueles martirios.

El Documento que comentamos precisa también en varias ocasiones, que toca dirigir la defensa de esos supremos intereses de la Religión, a los Pastores, es decir, al Sumo Pontífice, Pastor Supremo e infalible de toda la Iglesia, y, bajo Su dirección y unidos con El, a los Obispos, a quienes, como dijo S. Pablo, "puso el Espíritu Santo a regir la Iglesia de Dios". No es, pues, la prudencia humana, no es la sabiduría ni la influencia o el poder político el encargado de esa dirección, ni aún la santidad, sino la legítima misión, recibida directamente de Dios, por el Papa legítimamente elegido, y del Papa por los Obispos.

Muy dignos de gratitud y de elogio son los trabajos y esfuerzos de los Católicos en pro de la causa de la Iglesia y de la satisfacción de sus múltiples necesidades; pero nunca han de olvidar que lo más seguro para alcanzar éxito duradero y las bendiciones de Dios es contar siempre con la aprobación y bendición del propio Pastor.

A este propósito, el Documento que comentamos expresa lo siguiente: "Es vivo deseo del Santo Padre que el Episcopado Chileno, tan solícito por el bien espiritual de la Patria amada, se estreche siempre más en unidad de espíritu, de propósitos, de acción, en torno de la venerada persona de Vuestra Eminencia, a fin de que los Sacerdotes y los fieles, bajo la sabia guía de sus Pastores, con el alto sentido de disciplina y de plena conciencia de su responsabilidad, formen como una roca contra los asaltos de los enemigos, y preparen, con su ejemplo y con su acción, días de prosperidad religiosa y civil, de paz y de justicia, para su noble Patria".

Esta misma idea de la estrecha unión de todos, Sacerdotes y seglares de toda edad y condición, para formar una roca inconmovible contra la cual se estrelle el furor de los enemigos de Dios, es objeto de nuestras súplicas en la Oración que estamos recitando para alcanzar toda suerte de favores del Señor en el Año Santo, compuesta por el mismo Santo Padre. También está en la misma oración la súplica para que la gracia divina "encienda en todos los hombres el amor hacia tantos desventurados a quienes la pobreza y la miseria han reducido a una condición de vida indigna de seres humanos"; súplica que viene seguida inmediatamente de esta otra: "Despertad en las almas de aquéllos que os llaman Padre el hambre y la sed de la justicia social y de la caridad fraterna con obras y en verdad".

Todo esto nos ha de hacer pensar seriamente cuán a pecho hemos de tener en nuestras conciencias los objetivos del Documento Pontificio.

José María Card. Caro Rodríguez
Arzobispo de Santiago

III
A LA UNIDAD POR LA PENITENCIA
(Declaración de la Acción Católica)

La venerable comunicación enviada a Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Santiago por encargo de Su Santidad el Papa es considerada por la Acción Católica como una verdadera orden, cuyo cumplimiento requiere humildad y sincero arrepentimiento de todo aquello que, por soberbia o falsa apreciación de valores, haya obscurecido la primacía de los intereses de la Iglesia sobre los menos importantes que suelen dividir a los hombres.

Sabe que es necesario realizar en todos los ambientes una predicación constante de los ideales cristianos, dando testimonio de la Verdad, no sólo de palabra sino con las propias actuaciones y afrontando las cuestiones que plantea la vida con gran espíritu de justicia y de caridad. Menos que el éxito ha de mirarse la lealtad y honradez debidas a los principios que se aman.

Sabe, así mismo, que la humanidad, el arrepentimiento, el espíritu de justicia y la caridad se consiguen, como gracia de Dios, sólo a fuerza de oración y de penitencia. Las mejores disposiciones y actitudes externas serán inútiles, para la verdadera unidad de los católicos, si las mentes y los cuerpos de quienes quieren realizar el llamado del Papa no son antes purificados y fortalecidos por las mortificaciones, la oración y los sacramentos.

Se trata hoy, en realidad de retornar a las bases únicas del cristianismo para reconstituir la unidad en lo esencial. La confianza en la grandielocuencia de los medios humanos ha de posponerse a la seguridad de los grandes remedios de la religión, lealmente seguidos. Toda unidad que no sea en la Gracia, será precaria.

Para conseguirlo la Acción Católica vuelve a llamar a todos los hombres y mujeres de bueno voluntad a intensificar el espíritu cuaresmal, aumentando las mortificaciones, viviendo las obras de misericordia y haciendo que nada se diga ni nada se

resuelva que pueda disminuir la unión fraternal de los hijos de la Iglesia.

La oración y la penitencia no es solo un abono a la cuenta personal de cada uno, sino que sobre todo es la entrega al tesoro común de la Iglesia en vista de las necesidades y miserias de toda la humanidad. En este sentido la penitencia y la oración adquieren desde luego el profundo valor de la unidad.

Queremos coronar en Santiago esta campaña, que es nacional, con un Gran Vía Crucis público, de carácter profundamente penitencial, que haga posible que el mayor número de ciudadanos sienta y repare con la Iglesia, unida a la Pasión de Cristo, a fin de que por esa unión, obtengan todos el Gran Perdón del Año Santo.

Este acto tendrá lugar la noche del Viernes Santo. Santiago, Marzo 3 de 1950

La Junta Nacional de la
Acción Católica Chilena.

TRANSCRIPCION

ASOCIACIONES GREMIALES Y RELIGION

La libertad de organización en Holanda

Durante la reunión de la Oficina Internacional de Trabajo en Ginebra, ha ocurrido el caso extraño, que el delegado del Gobierno de Holanda, señor A. Vermeulen, atacó a los Obispos holandeses, noticia que también fué publicada por la prensa chilena.

Los Obispos holandeses, dijo, prohiben a los trabajadores católicos ser miembros de la N. V. V. (Federación Holandesa de Asociaciones Gremiales). Un obrero católico, que es miembro de esta Federación no puede recibir sacramento alguno. El señor Vermeulen fué de opinión que esta prohibición infringe el principio de la libertad de organización y la calificó de indigna para la Holanda democrática.

Inmediatamente después, otro delegado holandés, el padre franciscano Dr. G. Stokman, miembro de la Cámara de Diputados de Holanda y Consejero del Movimiento obrero católico, tomó la palabra. Declaró que el señor Vermeulen, como delegado del Gobierno no tenía derecho de hacer este ataque, y señaló, que los Obispos holandeses tienen perfecto derecho de prohibir a los Católicos ser miembros de ciertas organizaciones, si ven, que al pertenecer a ellas, significa un peligro para la fe.

La situación en Holanda

Para comprender mejor lo sucedido, es necesario conocer la posición de las Asociaciones Gremiales en Holanda.

Los obreros están organizados oficialmente en 3 grupos gremiales, primero la N. V. V. (Federación Holandesa de Asociaciones Gremiales) con ÷ 400 mil miembros; segundo el K. A. B. (Movimiento de Trabajadores Católicos) con ÷ 300.000 miembros y tercero la C. N. V. (Asociación Gremial Protestante) con ÷ 150.000 miembros.

En 1918, los Obispos holandeses decretaron que ningún obrero católico podía formar parte de una asociación socialista o comunista. En 1936 decretaron también, que ningún católico podía ser miembro de una organización fascista o nacional-socialista, so pena de no poder recibir ningún sacramento. Los Obispos tomaron estas medidas para defender la fe de los trabajadores. En esta época la N. V. V. todavía estaba asociada al partido socialista, cuya orientación en ese entonces era bastante izquierdista. En consecuencia una mayoría abrumadora de los trabajadores católicos se organizó en una nueva asociación gremial y partido político católico. También gran parte de los trabajadores protestantes formó su propia unión gremial y se asoció con sus propios partidos políticos protestantes.

Reacción de los trabajadores cristianos

Las organizaciones gremiales de obreros católicos y protestantes en Holanda reaccionaron de inmediato enérgicamente contra el ataque del socialista, señor Vermeulen, y el "Movimiento de Trabajadores Católicos" (K. A. B.) y la "Asociación Protestante" (C. N. V.) informaron telegráficamente al Gobierno holandés, que el señor Vermeulen de ahora en adelante no puede ser considerado más como representantes de los obreros holandeses. Para mejor comprensión vale mencionar que el delegado holandés a la Confederación Internacional de Trabajo es nombrado por el Gobierno a propuesta de la N. V. V., la K. A. B. y la C. N. V., que, conjuntamente, y por turno proponen un representante de una de estas tres asociaciones gremiales. Este año le tocó a un representante de la N. V. V. que, por consiguiente, no sólo representaba su propia asociación gremial, sino a todos los obreros organizados de Holanda. Una persona que se vale de esta posición, agregaron las juntas directivas de la K. A. B. y C. N. V., para atacar a definidos grupos de trabajadores, que él también representa, no sólo da prueba de falta de buen gusto y de poca noción organizadora, sino, además, no puede ser considerado como delegado de los obreros holandeses, la mayoría de los cuales forman parte de estas dos asociaciones gremiales.

La posición del Gobierno

Acerca de los rumores sobre la retracción por el Gobierno de Holanda del mandato del señor Vermeulen como representante oficial a la Conferencia de Trabajo en Ginebra, el Ministerio de Asuntos Sociales informó a la prensa que este Departamento no deseaba hacer ningún comentario.

Declaración de los obreros católicos

La junta directiva del "Movimiento de Trabajadores Católicos" (K. A. B.) emitió el 27 de Junio la siguiente aclaración:

"El señor Vermeulen, secretario de la Federación Holandesa de Asociaciones Gremiales" (N. V. V.), en su discurso pronunciado el Viernes ppdo., en Ginebra, atacó al Episcopado de Holanda en virtud de la prohibición episcopal de hace treinta años, que prohibe a los católicos ser miembros de la N. V. V., so pena de negación de los Santísimos Sacramentos, considerando ésta una intervención insoportable en el principio de la libertad de movimiento gremial.

"La junta directiva del Movimiento de Trabajadores Católicos (K. A. B.), frente a este ataque, desea declarar enfáticamente, que la promulgación de tal sanción por el comportamiento de católicos



es un acto pastoral de cura de almas y, por lo tanto, pertenece exclusivamente a la competencia de la autoridad eclesiástica. Es de opinión que el Secretario de la "Federación Holandesa de Asociaciones Gremiales" por su protesta contra un acto de pastoral de cura de almas, ha intervenido de una manera intolerable en un asunto netamente eclesiástico.

"Además la junta directiva de la K. A. B. declara expresamente, que una prohibición eclesiástica de ninguna manera trae consigo una infracción del principio de la libertad del movimiento gremial, garantida por la Constitución. Cualquier persona en Holanda es completamente libre de hacerse miembro de la asociación gremial que prefiera, pero esta libertad no excluye, que la autoridad eclesiástica posea el derecho inenajenable de prohibir a las personas, sobre las cuales tiene la cura de almas, hacerse miembros de asociaciones que, a su juicio, pueden ser un peligro para la fe y la moral. Si este caso, se presenta aquí, cae fuera del juicio de la K. A. B.".

"Abuso de su posición", dice la "Asociación Gremial Protestante (C. N. V.)

El punto de vista de la Asociación Gremial Protestante es también, que el delegado de los trabajadores, Vermeulen, ha abusado seriamente de su posición en la Conferencia Internacional de Trabajo. No debía haber olvidado que representaba no solamente su propia asociación de trabajadores, sino también a todos los obreros organizados. La actitud del señor Vermeulen, es muy condenable, nos dijo la directiva de esta Asociación. Con su discurso ha prestado un mal servicio, al pueblo holandés y ha dañado la C. N. V.

En lo que se refiere a la cuestión misma, la C. N. V. no quiso arrogarse juicio. Esto toca a la doctrina católica y a la autoridad de los Obispos. En todo caso la C. N. V. encontró en el asunto bastante motivo para informar al Gobierno, conjuntamente con la K. A. B. de que ambas Asociaciones de ahora en adelante no considerarán al señor Vermeulen como representantes de los obreros holandeses.

Además la C. N. V. encontró poco simpático, que el señor Serrarens de la Asociación Gremial Cristiana Internacional, por primera vez desde veinte años no fuera reelegido en la junta directiva de la Conferencia de Trabajo.

Punto de vista Socialista

Por su lado, la Asociación Gremial Socialista ha calificado la prohibición de los Obispos holandeses como "un tratamiento aflictivo e injusto, que la N. V. V. ha tenido que soportar durante muchos años".

El juicio de la Prensa

El conflicto sobre esta materia ocupa la atención de muchas personas en Holanda.

El diario calvinista "Trouw", el periódico protestante de más circulación en Holanda, si bien admite, que la Federación Holandesa de Asociaciones Gremiales (N. V. V.) tiene todo derecho para oponer la prohibición católica de hacerse miembro de la federación socialista, dice que éste es enteramente un asunto de la Iglesia, y no tiene nada que ver con la cuestión política de libertad de organización, "y, por eso, no debía ser mencionado durante una conferencia internacional de trabajo. El error principal de Vermeulen es el no haberse dado cuenta de ésto." Concluyendo, "Trouw" describe las palabras de Vermeulen y la declaración de la N. V. V. como "muy infortunada" y recomienda que sean retiradas.

"Het Binnenhof", un diario católico de La Haya, expresa su sorpresa sobre la manera cómo fué conducida la polémica entre la N. V. V. y la Asociación católica. En vez de sentarse alrededor de una mesa para discutir a fondo la disputa, los ejecutivos de las federaciones de trabajo dan declaraciones oficiales a la prensa, y sus representantes hablan para los radio-escuchas, "de esta manera la disputa se convierte en un tópico para "tertulias" y nosotros preferiríamos instalar un "Hyde Park Corner" en Holanda, para conducir esta discusión con el aplauso o la desaprobación del hombre de la calle."

"El diario liberal "Handelsblad" de Amsterdam escribe en su número del 28 de junio:

"La prohibición de los Obispos no data de ayer; existe ya hace treinta años. En ese tiempo la N. V. V., partidaria de la entonces muy marxista S. D. A. P. (Partido Laborista Social Democrático) era mucho más radical que ahora.

"El señor Vermeulen siente esta prohibición como una "ingerencia intolerable en la libertad del movimiento gremial obrero." Los Obispos la ven como consecuencia de su cura pastoral de almas. Ellos desean para los obreros de su fe un "clima católico" dentro de un movimiento gremial católico.

Juntan éste a la libertad de credo, que, por consiguiente, también significa la libertad de cura de

almas y la libertad de la autoridad eclesiástica sobre todo lo que se refiere a esta última. Como ciudadanos, todos son libres de escoger el movimiento gremial que deseen, pero como miembros de la Iglesia no son libres de ir donde la fe pueda ser minada. Nosotros no minamos ninguna creencia, dice la N. V. V. Pero eso sucede en un clima no católico, contestan los Obispos.

"La materia es complicada. Una asociación (en el sentido más amplio de la palabra) puede imponer ciertas exigencias a sus miembros. Han habido tiempos en que las autoridades civiles holandesas, prohibieron a sus funcionarios ser miembros de ciertos partidos, como por ejemplo el comunista y nacional-socialista. Por lo tanto en estos casos el ciudadano libre debía escoger entre su trabajo y su ciudadanía. ¿Mantendría la N. V. V. socios que se hicieron miembros del partido nacional socialista (en el supuesto que éste resurgiera?). Aquí se pisa un terreno delicado, donde tres libertades fundamentales se encuentran frente a frente: la libertad de organización gremial, la libertad ciudadana para escoger libremente, y la libertad de una asociación especial (iglesia, partido, etc.,) para exigir de sus miembros ciertas obligaciones, so pena de destitución. Que esta sanción en el caso de los católicos toma la forma extrema de negación de los Sacramentos, es difícil de comprender para no-católicos, pero dentro del pensamiento católico y la concepción de su Iglesia, no es ilógica. Es otra cosa, si la evolución por la que pasó la N. V. V. no pueda ser motivo para revisar el punto de vista episcopal. Pero este es un asunto que tiene que decidirse en Holanda y no en Ginebra, porque es definido por un cambio en la situación interna en Holanda.

La cooperación será continuada

Entretanto, el 7 de julio ppdo., las directivas de las tres asociaciones mencionadas más arriba, se reunieron con el fin de deliberar sobre el discurso del señor Vermeulen, y llegaron a las siguientes conclusiones:

La delegación de la N. V. V. aseguró nuevamente, que esta asociación reconoce el derecho de los Obispos holandeses para prohibir ciertos actos a los fieles dependientes de ellos, y castigar sus contravenciones. Reconoció además, que con esto no queda afectada, en el sentido jurídico, la libertad constitucional de organización.

Sin embargo, la directiva de la N. V. V. estima el hecho que la prohibición episcopal y las sanciones que son aplicadas a los miembros católicos de la N. V. V., como un trato aflictivo y contrario al principio de la libertad de organización.

Contrariamente, la K. A. B. y la C. N. V son de opinión, que las Iglesias, implantando ciertas reglas a sus feligreses, y ejerciendo disciplina sobre sus vidas, no infringen, ni jurídicamente, ni de hecho el principio de la libertad de Organización

Sobre la cuestión si el señor Vermeulen escogió para su discurso el lugar más apropiado, no se llegó a un acuerdo.

Fué establecido, que hasta ahora, no ha sido costumbre que el delegado de los obreros y sus consejeros técnicos a la Conferencia se consulten de antemano sobre el discurso a pronunciarse durante la Conferencia Internacional de Trabajo, y se decidió que en el futuro se consultarán en el caso que razonablemente debe esperarse que puede herirse a otros en sus convicciones, pero dejando a cada uno en libertad para decir lo que considere necesario según su propia convicción.

Unánimemente se constató que la cooperación que existe entre las tres Asociaciones Gremiales, está en el interés del país y en especial en el interés de los trabajadores, de modo que ésta será continuada reconociendo los principales y la independencia de cada una.

PIET KASTEEL
Ministro de Holanda en Chile

(Del Boletín de la Acción Católica Chilena)

Información católica

CARTA DE S. S. PIO XII
al Obispo de Temnos, Mons. Miguel de Andrea, con ocasión del quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal.

Habiendo recibido copia facsimilar del texto que sigue, tenemos el agrado de ponerlo en conocimiento de nuestros lectores.

Al Venerable Hermano **Miguel De Andrea**
Obispo titular de Temnos

PIUS PP. XII

**Venerable Hermano,
salud y Apostólica Bendición.**

Con grande satisfacción hemos sabido que proximamente vas a celebrar en Roma el quincuagésimo aniversario de tu ordenación sacerdotal. El anuncio de este fausto acontecimiento Nos proporciona la oportunidad de confirmarte Nuestra estimación y benevolencia y de acrecer tu alegría con Nuestra autoridad. Porque desde la iniciación de tu ministerio, sostenido por una egregia piedad y dotado de sagrada doctrina y elocuencia desempeñaste con solicitud las misiones que te fueron confiadas, en primer término tu cargo parroquial y elevado a la dignidad episcopal con mayor dedicación y celo te consagraste con redoblado afán al bien y progreso de las almas. Y debe considerarse digna de especial alabanza, la obra de tan grande utilidad que fundaste para prestar el apoyo de la caridad y la religión a las mujeres dedicadas al desempeño de actividades civiles y comerciales. Por todo ello, Venerable Hermano, al mismo tiempo que te felicitamos de corazón por el prolongado y solícito desempeño de tu sagrado ministerio, pedimos al Señor para ti todo cuanto pueda serte saludable y próspero. Y como auspicio de tales dones celestiales y en testimonio de Nuestro particular afecto impartimos amantísimamente la Bendición Apostólica a ti, Venerable Hermano, a los que colaboran contigo en tus obras y a todos los que están confiados a tu actividad y solicitud.

Dada en San Pedro, el día veinte de Diciembre de 1949, undécimo de Nuestro Pontificado.

Pius PP. XII

LA U. N. Y LAS ORGANIZACIONES RELIGIOSAS

Nueva York (C. I. P.). — La Conferencia de Organizaciones Nacionales e Internacionales de carácter no gubernamental que tuvo lugar en Bangkok, Thailandia, en febrero último, adoptó una resolución incitando a la "utilización de las organizaciones religiosas para difundir el trabajo de las Naciones Unidas y agencias especializadas". En esta reunión, hecha bajo los auspicios de la U. N., los delegados de Australia, Birmania, India, Nueva Zeelandia, Pakistán, Thailandia y Filipinas, expresaron de esta manera su creencia de que si los esfuerzos de la U. N., de acuerdo con su propia Carta, han de ser arraigados entre las aspiraciones y la buena voluntad de los pueblos de la tierra, es esencial conseguir la cooperación de las organizaciones religiosas.

Durante el último año aumentó continuamente el número de éstas que cooperan con las Naciones Unidas o la UNESCO. Así, basándose en el artículo 71 de la Carta de San Francisco, que estipula "que el Consejo Económico y Social puede llegar a convenios apropiados para la consulta con organizaciones no gubernamentales", se ha concedido el carácter consultivo a más de 100 organizaciones particulares, muchas de ellas de carácter religioso. Entre las organizaciones católicas se encuentran la **Unión Internacional de Ligas Católicas Femeninas** (con oficinas en Nueva York bajo la dirección de la Srta. Catherine Schaefer), la **Unión Internacional Católica de Servicio Social** y **Pax Romana** (Estudiantes universitarios e intelectuales). Estas han hecho uso del privilegio de enviar delegados a determinadas reuniones con el derecho de presentar, oralmente y por escrito, el punto de vista de sus organizaciones.

Según el BOLETIN DE LAS NACIONES UNIDAS del 15 de marzo último, tienen la condición de observadores 350 organizaciones internacionales y más de 1800 nacionales de carácter particular. En la lista de delegados a una conferencia de Lake Succes en abril de 1940 se encuentran delegados de los siguientes grupos religiosos: **Unión Internacional Pro Deo** (C. I. P.), **Unión Internacional de Mujeres Católicas, Unión Internacional Católica de Servicio Social, Pax Romana, Comisión de las Iglesias para Asuntos Internacionales, Y. W. C. A., Unión de Temperancia de Mujeres Cristianas, Friends World Committee for Consultation, Unión Mundial de Estudiantes Judíos, Federación Mundial de Comunidades Sefarditas,** y **Comité de Coordinación de Organizaciones Judías.**

ACTIVIDAD DE LA SANTA SEDE

La frase agustiniana la **caridad es una madre** aflora espontáneamente al hojear el opúsculo: **"Actividad de la Santa Sede en 1949"**... Las irradiaciones que parten del Vaticano y que envuelven al mundo son efluvios de la más tierna caridad material.

La guerra que arrumbó millares de hogares, que ensombreció con los nubarrones de la miseria y del dolor el horizonte de tantas existencias, hizo nacer en la Secretaría de Estado de Su Santidad un nuevo organismo: **"La Comisión de Recursos"**. Acentos de angustia llegan allí desde los puntos más apartados del globo. Es una de las dolorosas misiones que tienen que llenar los Representantes del Papa en las distintas naciones.

Y del Vaticano parten con las palabras de consuelo, el óbolo de la caridad sin reparar en las creencias de los socorridos. Porque la caridad, como la luz, todo lo invade.

Luminosas son las páginas de este opúsculo. Treinta son los países que han recibido ayuda del Papa. **Los prófugos**, ausentes de la Patria, con el recuerdo del hogar lejano y con la nostalgia de los seres queridos que allí quedan, han movido de un modo especial la compasión del Santo Padre. Tristes desplazados, los azares de los tiempos han roto una existencia que tal vez se prometía plácida, cuando no irradiaba ya tranquila en las inefables dulzuras del cariño y del confort. Porque numerosos son los dramas de gentes de dinero y de letras que saborean hoy el pan negro de la miseria o que tienen que acogerse a cualquiera ocupación... Y menos mal si el trabajo no falta y no tienen que resignarse a la huelga forzada de los brazos caídos, detrás de la cual se agazapa el espectro del hambre...

En un cuadro con tales sombras, cómo resaltan las obras de asistencia social. Lo más prosaico recobra en este ambiente la unción de algo sagrado... Funciona en el Líbano **"La cocina del Papa"** que distribuye por millares comidas calientes; y a los cuidados de la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental se ha adjudicado una "misión Pontificia pro Palestina", etc., etc....

La niñez desvalida y necesitada es otra de las preferencias del corazón del Papa. **"Legión de los sin amor"** se ha clasificado con frase cruda a ese ejército de niños víctimas de la guerra: huérfanos, abandonados, apátridas. Son **once millones** en Europa, sin contar Rusia.

Junto a esa **"Legión de los sin amor"** late el corazón de la Iglesia; y el Papa tiene dulces bondades para ella en las obras a favor de la infancia desgraciada: asilos, orfanatos, colegios, escuelas, colonias. Por los desvelos del Santo Padre la vida de muchos de ellos, que amenazaba extinguirse cual tenue corriente casi en su manantial, se desliza por los cauces abiertos por la caridad de la Iglesia.

Otra bella página es la escrita en beneficio de los obreros por las Asociaciones Católicas de Trabajadores, Conferencias de San Vicente de Paúl, Cocina Económica del Círculo de San Pedro. Al cuidado de estas obras y similares está igualmente confiada la preparación de los hijos de los trabajadores para un oficio remunerador mediante la instalación de centros de artesanía. Los **estudiantes refugiados**, carentes de todo, y que se han acogido, fuera de su patria, a un clima más benigno en Bélgica, Austria, el Líbano, España...; **los encarcelados**, a quienes es preciso reeducar por la pródiga difusión de folletos de inspiración católica; los **emigrados**, para quienes se ha establecido una "Oficina de emigración"; **todos** los oprimidos por el peso de algún quebranto, son deudores a esta caridad infatigable del Pontífice. Y es que el Papa a todo atiende. Y este su desvivirse por sus hijos es la prueba y demostración más radiante, por ejemplo, del egregio pensamiento agustiniano **"la caridad es una madre"**.

EL TEATRO TRANSFORMA UNA PARROQUIA

La Haye-les-Roses, pequeña comunidad de los suburbios obreros de París deriva su nombre de lo que es casi una segunda profesión en sus habitantes: el cultivo de hermosos rosales. Hoy día, encontramos allí, en lugar del antiguo centro comunista que fuera una comunidad cristiana modelo. Veamos quién es el autor de esta transformación.

Es el Padre Jean, humilde monje de rostro pálido quien, con un grupo de monjes benedictinos, llenos del celo apostólico de los primeros cristianos, buscaron hallar una respuesta a las preguntas hechas por el espíritu nada simple del pagano moderno. Cuando el Padre Jean fué nombrado párroco de La Haye-les-Roses, apenas participaban cuarenta fieles de la misa dominical y los sacerdotes eran conocidos como "los cuervos negros". El barrio era un centro de odio e inquina. El consejo comunal completamente "rojo".

No eran éstos obstáculos que detuvieran a un hombre con un sentido de la alegría y exaltación de la personalidad humana como el Padre Jean. En 1946, apenas restablecido de una larga dolencia, inicia con un grupo de monjes de su regla, una nueva rama de la orden: Los "Benedictinos de Parroquia",

que ya están esperando el reconocimiento de la Santa Sede.

Apenas en posesión de su parroquia los monjes se lanzaron a la ofensiva, y después de un primer contacto con sus feligreses escogieron como campo de acción el teatro. Para ello adaptaron la iglesia, y representaron allí escenas del Evangelio, según el modelo de los misterios medioevales. La propaganda fué hecha con camionetas provistas de altoparlantes, lo que impresionó mucho al pueblo, al ver que los monjes no despreciaban los medios publicitarios modernos. Excitada por la novedad una gran muchedumbre, en su mayor parte comunistas, asistió a la representación, muchos con el sombrero puesto y el cigarrillo en la boca. Al término de la obra los sombreros habían sido quitados y los cigarrillos apagados. Comunistas y no comunistas se hallaban unidos en una oración común.

Ante tal éxito el teatro continuó siendo el instrumento más poderoso de esa obra de apostolado. Se presentaron a los espectadores varios ejemplos de fariseísmo, los que pudieron comprobar de esta manera que muchas de las cosas que desaprobaban en materia religiosa eran condenadas por Cristo mismo.

Después de esto, muchos fueron a visitar a los monjes, con el resultado de numerosos bautismos y la reconciliación de muchos otros con la Iglesia. Así, poco a poco, comenzaba a realizarse el sueño de aquellos pobres benedictinos de formar en la parroquia una comunidad cristiana modelo.

Para ello comenzaron enseñando a sus feligreses el significado de la Santa Misa y a participar en la liturgia. El altar mayor fué colocado en el centro de la Iglesia, para permitir una real asistencia a todos los fieles. Durante la misa, el sacerdote repite en voz alta y en francés, las oraciones, a las que responde la asamblea. El objetivo principal de los benedictinos consiste en presentar la religión como un aspecto de la vida, combatiendo así el lugar común de rutina o nueva formalidad. No se tolera ningún favoritismo. El mismo arancel se cobra al pobre y al rico, para cualquier ceremonia, y a todos se les presenta el mismo tipo de función. Sobre todo no se realiza ninguna ceremonia si los participantes no demuestran haber comprendido su significado.

La Haye-les-Roses, después de dos años de intenso trabajo del Padre Jean y sus compañeros, es hoy un lugar completamente distinto. La población trabajar con más alegría, no se lamenta ya y ha perdido su amargura. La iglesia está siempre repleta los domingos, predominando el elemento joven, nueva generación educada por los afectuosos cuidados de los monjes para un amor cristiano en Dios.

(Extracto de "A Ordem", noviembre 1949, Río de Janeiro).

Crónica Musical

TEATRO COLON

WILHEIM FURTWAENGLER

Terminó su actuación en Buenos Aires este extraordinario director de orquesta que ocupa un lugar preferente entre los tres o cuatro más destacados de los momentos actuales. Aunque en su interpretación y dirección de la celebérrima obra de Juan Sebastián Bach: *La Pasión según San Mateo*, fué un intérprete que, como dijimos en nuestro número anterior, ha superado todo lo que de él esperábamos, en el concierto de despedida nos produjo un efecto contrario. En él dirigió como primer número la Overtura *Prometeo*, de Beethoven, una de las más flojas composiciones del gran compositor. Enseguida la *Cuarta Sinfonía*, de Brahms, tuvo una ejecución similar a la de su primer concierto en la temporada, pero en donde nuestra decepción fué mayor, se produjo en la segunda parte del concierto, en la que interpretó y dirigió tres fragmentos programados o sea *El Encantamiento del Viernes Santo*, de Parsifal, *El viaje de Sigfrido por el Rhin*, del Ocaso de los Dioses, y *El Preludio y final de Tristán* y ante los clamorosos aplausos de una concurrencia que llenaba completamente el teatro, dió como último brochazo la Overtura de *Los Maestros Cantores*. No sabemos si porque el día estaba muy húmedo y los instrumentos de madera sufrieron los efectos atmosféricos consiguientes o si el señor director y la orquesta estarían fatigados por la pesadez del ambiente, o porque las localidades que este año nos han asignado los directores del Teatro Colón, no permiten escuchar con suficiente claridad, el caso es que este concierto nos defraudó completamente. No notamos allí ni la energía característica que conocemos en Furtwaengler, ni la excelente actuación de una orquesta que no nos cansaremos de alabar y quizás algo por la tremenda incomodidad de los asientos a los costados de la cazuela, excesivamente incómodos para el cronista que hace meses ha pasado los 73 años. Si de la Pasión en el número anterior hicimos una crónica bastante eficaz, posiblemente habrá sido porque la escuchamos de un palco cercano al escenario, es decir en forma aproximada a las entradas que siempre hemos tenido en las plateas de primera fila, durante más de diez y seis años. Fué tan decepcionante este último concierto que no nos animamos a ocupar nuestras entradas en el concierto que dirigió Sir Malcolm Sargent y no queremos hacer una crónica del mismo por lo que nos digan los que lo escucharon, pues es nuestra costumbre formarnos una opinión personal para poder responsabilizarnos de lo que oímos y de lo que comentamos.

Hacemos una advertencia a los lectores de estas crónicas musicales: Que cuando noten que hay una clara opinión suficientemente matizada y segura, ella será reflejo de lo que hayamos visto desde localidades apropiadas para nuestros sentidos y nuestra edad, pues el Director General nos ha prometido que siempre que hubiera nos ha de proporcionar ubicación apropiada.

CONCIERTOS DANIEL

Los famosos artistas que esta prestigiosa organización ha contratado para la temporada actual, están ya en plena labor y después de la actuación destacada de Szeryng y de Arrau, tenemos la perspectiva de el *Coro Trapp*, que cuando salga este número, ya se habrá presentado en el Colón con un programa selectísimo. Este famoso conjunto vocal e instrumental, está integrado por miembros de la aristocrática familia Trapp, y ha actuado con gran éxito en los Estados Unidos y en el Canadá desde hace diez años. El coro Trapp cultiva la música coral de los polifonistas del siglo XVI, música religiosa y profana de Bach, Mozart, Brahms y otros emi-

nentes compositores, canciones tradicionales y populares centroeuropeas, madrigales ingleses, Villancicos de repertorio universal, baladas antiguas, canciones populares de los Alpes austríacos y también arreglos sobre canciones populares latinoamericanas, preparadas por el director Franz Wasner. Algunos conciertos son a "capella" y otros acompañados por instrumentos antiguos como ser la Viola da Gamba, y varios tipos de flauta, que estaban en boga a fines del siglo XVII, conocidas en Francia como "Flauta de pico" o "flauta dulce". Este coro está integrado por la Baronesa María Augusta von Trapp, sus hijas María, Martina, Agata, Rose Marie, Eduvigis y Leonora y sus dos hijos Werner y el pequeño Juan de diez años de edad. Todos ellos, como más arriba decimos, dirigidos por el Rdo. Padre Wasner. En su presentación oiremos el siguiente programa: "Regina Coeli laetare", de Gregor Aichingor; "Oh María Diana Stella", laúdes italianos del siglo XVI; "Introito Cibavit eos", canto gregoriano; "Kyrie y Agnus Dei", de la Misa breve de Palestrina; "Ahora en el mes de mayo", de Morloy; "El cisne plateado", de Gibbons; "La serenata de los soldados", de Lassus; canciones populares de los Alpes Austríacos y canciones populares latinoamericanas. En la parte central de este concierto escucharemos música clásica coral e instrumental de Vivaldi, Purcell, Haendel, y Bach e aque los cantantes serán acompañados por la Viola da gamba, las flautas antiguas y Virginal. Las canciones populares serán anunciadas desde el escenario y comprenden un repertorio extenso y variado, cantado en distintos idiomas.

El domingo 21 del corriente a las 10.30 hs., tendrá lugar en la sala del Gran Rex, un extraordinario concierto sinfónico instrumental, en el que por una feliz coincidencia, intervendrán dos figuras de relieve universal: el famoso director británico Sir Malcolm Sargent y el violoncelista francés Pierre Fournier. En este programa se escucharán *Música acuática*, de Haendel; *Concierto para violoncello y orquesta*", opus 104, de Dvorak; y la *Octava Sinfonía*, de Beethoven.

ASOCIACION WAGNERIANA

Continúa esta benemérita institución en sus conciertos de la corriente temporada. El lunes 15 del corriente, a las 21.30 hs., el notable pianista Claudio Arrau acompañado por la Orquesta Sinfónica de Buenos Aires, digirida por Roberto Kinsky, nos hizo escuchar el *Concierto Nº 3* para piano y orquesta, de Beethoven, y los de la misma categoría, *Concierto Nº 1*, de Chopin; *Concierto opus 54*, de Schumann. Fué excelentemente aceptado, por un numeroso público este magnífico concierto, en el que Arrau y la orquesta

sinfónica actuaron en forma encomiable y debemos manifestar que en el concierto de Schumann, Arrau rayó a gran altura.

El 22 de mayo a las 21.30 hs., Rudolf Firkusny interpretará un recital extraordinario de piano con obras de Scarlatti, la "Sonata Aurora", de Beethoven, tres intermedios y una Rapsodia de Brahms, dos obras de Martinu, "Reflejos en el agua", de Debussy, "Alborada del Gracioso", de Ravel; y "Atardecer en la sierra" de Jorge Fontenla. Esta última obra mereció el premio Bernardo Iriberri 1949, propiciado por la Comisión Nacional de Cultura.

TILA Y JOHN MONTES

Estos inteligentes concertistas de piano que han hecho un recorrido largo por el viejo y nuevo mundo, han preparado un festival Bach que se efectuará en el Teatro Presidente Alvear, los días 5 y 21 de junio y 3 de julio, a las 21.30 hs. En estos tres grandes recitales, se pondrán las obras más interesantes de piano del "Padre de la música". En el primero se ejecutarán por dos pianos y orquesta los conciertos Nos. 1 y 2 y las Variaciones Goldberg, para dos pianos, por Tila y John Montés, como solistas en los conciertos

y en las variaciones. En el segundo concierto, del 21 de junio, se hará la audición integral del "Arte de la fuga", por los mismos concertistas. El lunes 3 de julio el programa se compondrá del "Concierto en re menor", para tres pianos y orquesta, estando los tres pianos a cargo de Tila Montés, Gertrudis Lanzenbacher y Marion Mayer, el "Concierto en do mayor", para tres pianos y orquesta, actuando de solistas Margot Bikart, Carlos Feder y Erico Wolf. El "Concierto en re menor", para piano y orquesta, actuando como solista Eduardo Vercelli Maffei. El "Concierto en la mayor", para cuatro pianos y orquesta: solistas Tila Montés, Luis Dagenais, Carmen Ferrer y Marion Smiller. El señor John Montés será el director de la orquesta en todas sus presentaciones.

M. ORTIZ DE GUINEA

Crónica de Teatro

LA SONRISA DE LA GIOCONDA

Muy pocas veces ha despertado una reaparición teatral expectativa tan grande y tan justificada como la de Dulcina de Moraes, actriz brasileña que al presentarse en 1948 en Buenos Aires con *Lluvia* de Somerset Maugham, deslumbró a profanos y entendidos con su labor excepcional.

La elección de *La sonrisa de la Gioconda*, de Aldous Huxley, contribuía a aumentar el interés, pues es el celebérrimo pensador británico una de las figuras más singulares de la inteligencia contemporánea. Su erudición fabulosa, pluma áurea, ingenio desbordante y legítima preocupación metafísica lo han convertido en escritor con quien se podrá discrepar en más de un detalle, pero al que no se puede dejar de admirar, porque como Sartre —aún cuando en un plano muy distinto— vive dando testimonio de talento.

Es esta pieza —por lo menos en su versión para lectura— una feliz conjunción de calidad literaria e inquietud espiritual, pero sería injusto proseguir juzgando lo que hemos leído cuando se nos requiere opinión sobre lo exhibido; que —lo reconocemos sin ningún entusiasmo— si bien no carece de valores, no alcanza a entusiasmar. Doble es la culpa de este enfriamiento: por un lado los drásticos cortes hechos al original, al que se ha cercenado implacablemente quitando escenas y frases que daban una pauta espiritual; por otro, la interpretación, muy por debajo de la obra, de la compañía del Grand Splendid. En tercer lugar podemos anotar una traducción increíble que llega a disparates irrisorios como confundir "coartada" con "habeas corpus" ("Ya tengo el habeas corpus para salir esta noche", dice el bueno de Gómez Cou donde Huxley había puesto "I've established my alibi").

Deslindemos, por lo pronto, responsabilidades: lejos de nosotros acusar a nadie por los cortes; pero quienquiera haya sido el culpable fué éso: un culpable. Pero en lo que toca a la interpretación, los responsables están allí, y no para ser alabados. Dulcina de Moraes tomó demasiado al pie de la letra la indicación de afectación hecha por el autor al principio de la obra y jugó su parte dentro de una tesitura inflexible que le impidió transmitir con el acierto indispensable la idiosincracia de su personaje. No obstante,

debe tenerse muy en cuenta que ha representado esta misma obra muchas veces en Brasil, en portugués, por lo que debió cuidar especialmente su prosodia. Si se agrega a ello la nerviosidad de la noche de estreno, lo que significa reiniciarse en el manejo de un idioma extraño —y por parecido doblemente peligroso— y los inconvenientes de las sucesivas postergaciones, no debe extrañar la falta de naturalidad. En realidad, sería injusto dar una opinión definitiva sobre su actuación basados en su debut. No nos cabe la más mínima duda que quien supo rayar a tan grandes alturas en *Lluvia*, mejorará notablemente su trabajo en *La sonrisa de la Gioconda*, una vez que hayan desaparecido los primeros apresuramientos y las primeras nerviosidades.

Suponemos que para ese entonces se podrá tener una visión exacta de los valores de la ilustre visitante en cuanto a intérprete. Como directora nos consideramos capacitados para discrepar desde ya: la obra fué llevada con suma lentitud, y los personajes no dijeron ni se movieron como debían. La parte puramente técnica —lluvias, luces— fué inobjetable, pero en lo referente a captación de la psicología de los personajes, no se notó en el escenario una mano firme y orientadora. Tonos, movimientos y matices carecieron de verdad. Tanto el carácter de Hutton como el de la enfermera fueron tergiversados, y si los artistas tienen su parte de responsabilidad, forzoso es reconocer que la directora no pareció imponer su autoridad y conocimiento de la pieza.

En cuanto al elenco, no valen para Gómez Cou las disculpas que brindamos a Dulcina de Moraes. Su labor careció de flexibilidad y compenetración con la intimidad del carácter que le tocó animar. Y no valen tampoco para Blanca del Prado, que sainetó imperdonablemente a su personaje. Por lo demás, Orestes Caviglia se comportó con su natural autoridad y María Rosa Gallo logró salir airosa de la prueba. Algo exagerado Camilo da Passano.

La escenografía resultó recargada en el primer acto al encimarse cuadros en demasiado poco espacio, y demasiado lujosa en el último, pues el texto indica mayor sobriedad. Por lo demás, no revela la presencia de ningún innovador.

Y retornando a la obra, expone ella tras un argumento de gran interés que lo que el hombre siembra, éso cosecha; pues a Dios no se lo puede engañar. Muestra cómo los placeres de la vida, cómo la llamada respetabilidad son en el fondo humo por su inconsistencia y porque sirven para ocultar la realidad. Al mismo tiempo, expresa la necesidad que tiene el hombre de

conformarse al destino que Dios le dió, pues en ello está su realización como ser humano. Podrá sufrir injusticias, pero si las acepta —y hasta las desea— por comprender que hay detrás de todo ello una mano directriz, adecuará su persona a lo que el Creador quiere. Como se vé, el pensamiento es de neto cuño cristiano, ya que no otra cosa es la perfección que la aceptación, por el alma, de lo que Dios ha dispuesto para ella, única manera de utilizar al máximo la auténtica libertad humana. Esto, en boca de un escritor no católico puede sonar extraño, pero basta haber leído algo de la obra de Aldous Huxley para darse cuenta de su perenne preocupación metafísica, de su sinceridad, de su intuición trascendente.

La sonrisa de la Gioconda es excelente, pero, volvemos a señalarlo para evitar sorpresas, es obra para leer en su versión original y no para ver en la que nos ha ofrecido la compañía de la elegante actriz Dulcina de Moraes.

Vagabond JIM

BIBLIOGRAFIA

"EL BARCO DE LA MUERTE", de Juan Antonio Zunzunegui. Colección Austral de Espasa-Calpe. 149.

No han sido novelas españolas los éxitos editoriales de los últimos tiempos, y tenemos que confesar que hacía mucho no llegaba a nuestro conocimiento —¿por indolencia del lector o por falta de verdadera difusión internacional?— una verdadera novela española que al no desdecir de la gloriosa tradición narrativa peninsular pudiera ponerse a la par de los ruidosos éxitos europeos y americanos.

La editoria Espasa-Calpe es la encargada de presentarnos al autor que puede llenar parte de ese inaceptable vacío. Juan A. de Zunzunegui es el novelista joven, en plena carrera ascendente, extraordinariamente dotado, y definitivamente consagrado en su tierra, que revela con esta sola obra, "El barco de la muerte", que no es genio novelístico ni materia explotable lo que falta en la España de hoy, sino otras las razones que posponen la producción de la nueva generación literaria.

Zunzunegui no es un escritor maduro, o, mejor dicho, plenamente madurado. Altibajos, digresiones y páginas enteras completamente superfluas, amén de una desorientación espiritual de la que luego hablaremos, dicen de la juventud de un "métier" que no se decide a desechar una idea, a dosificar una imagen, a renunciar a ciertas simpatías temperamentales, ni aún al precio de languideces, repeticiones y trivialidades, que quitan a ésta, considerada su mejor novela, el mérito de una obra lograda. Pero es indudable que estamos ante un autor de fina y receptiva sensibilidad, que sabe manejar la lengua con los matices de un pintor, la riqueza expresiva de un músico y la limpia y desnuda precisión de un fotógrafo.

Para probarlo, léanse si no los "Fogonazos iniciales" y casi la totalidad de la "Primera Acción", por los que la vida pasa auténtica, trágica y sin embargo bella, trasluciendo allí a través de un velo de agria ironía, palpitando aquí en algunas de las páginas más lacerantes que hayamos leído, produciendo unas y otras del raro don de una visión de las almas, no por minuciosa desprovista de la más cálida comprensión.

Aquellas breves pinceladas paisajistas chorreantes de color, aquellos personajes centrales tan sólidamente construidos, aquel alentar de la vida con sus cumbres de dolor y heroísmo, y sus abismos de corrupción y estupidez y sus valles de dicha breve y sencilla, aquel lenguaje diestro y ceñido aunque desusadamente sabroso y expresivo, no pueden menos que encontrarse en la senda de la gran novela española. Particularmente creemos ver a Zunzunegui en la línea donde convergerían el realismo campesino, sano y colorido de un Pereda, y el naturalismo de intención social, combativo y lleno de compasión de un Galdós, teñido el todo de un humorismo muy personal aunque típicamente peninsular.

Pero ocasionalmente en el transcurso de la "Primera Acción", y sin embozo durante la Segunda, el autor se desvía de ese acertado plan narrativo —desarrollado más bien en profundidad— para dejarse arrastrar por una forma novelística más epidérmica e insulsa que se adecúa sin brillo al cariz aventurero que toma la narración, innecesariamente alargada durante páginas enteras.

Afortunadamente, el novelista de enjundia, un momento escamoteado, se ratifica al fin en la "Tercera Acción", excesivamente profusa sin duda, donde en páginas de rara calidad literaria se consuma el desenlace trágico de esta novela de sombrías tintas.

En esta última parte el escritor plantea abiertamente los interrogantes metafísicos de su espíritu: ¿por qué la vida desemboca en la muerte? ¿por qué no podemos escapar de ella? y ¿qué hay más allá del adiós? El leitmotiv de todo el libro se acentúa, crece, resuena a plena orquesta, pero se resuelve súbitamente, en el momento climax, en una nota falsa; porque el autor que conoce la única respuesta verdadera, prefiere ignorarla en un alarde pesimista de negar todo rayo de luz sobrenatural a la vida de sus criaturas. Es decir, que el contenido que debió ser espiritual de la novela, se resuelve en esta nota de desafiante y estéril materialismo, que es la que lamentablemente acaba por dominar la arquitectura a ratos grandiosa, las páginas rezumantes de vida, las situaciones dignas de una tragedia, rebajándolas a la altura de una respuesta vulgar que nada dice al anhelo de trascendente del mundo de hoy.

Más que lo discontinuo de su calidad formal y más que lo superfluidad de episodios enteros, es esta huida ante la idea entrevista de la inmortalidad del alma lo que quita a "El barco de la muerte" su categoría de gran novela, para dejarla en la de un ambicioso y notable esfuerzo literario truncado por la cortedad de visión espiritual de su talentoso autor.

Sylvia MATHARAN de POTENZE

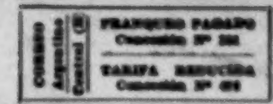
"UNA EPOCA A TRAVES DE MIS ESCRITOS", por María Rosario Ledesma de García Fernández.

Valor de testimonio revisten las páginas dadas a publicidad con el título del epígrafe por la Sra. María Rosario Ledesma de García Fernández. En efecto, conforme lo expresa en un breve prólogo la autora, se trata de un conjunto de discursos y escritos nacidos, no al azar de las circunstancias, sino motivados por una acción que pretende llevar a la práctica el ideal social cristiano.

Presenciamos, de esta suerte, el surgimiento de iniciativas varias, promovidas por el "Centro Blanca de Castilla" que comenzó a actuar en nuestro ambiente cuando aún la preocupación por determinados problemas que afectan a la mujer no se había abierto paso entre nosotros, debiendo mencionarse especialmente la fundación de los primeros sindicatos femeninos en el campo católico.

Ejemplo aleccionador es el que se nos brinda a través de esta recopilación, al poner en evidencia el afán por el mejoramiento colectivo y el propósito logrado de preparar a la mujer argentina a desempeñar con plena eficacia su papel en la vida política y social. Visión certera revela el haber percibido con nitidez, ya en los años de la primera contienda mundial, cuáles serían las cuestiones que de preferencia habrían de solicitar la atención de quienes se afanan por lograr una mejor convivencia entre los hombres.

M. N.







Editorial CRITERIO
Alsina [illegible]
BUENOS AIRES

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre [illegible] esq. Paso
25 DE MAYO DE 1950
Año del Libertador General San Martín